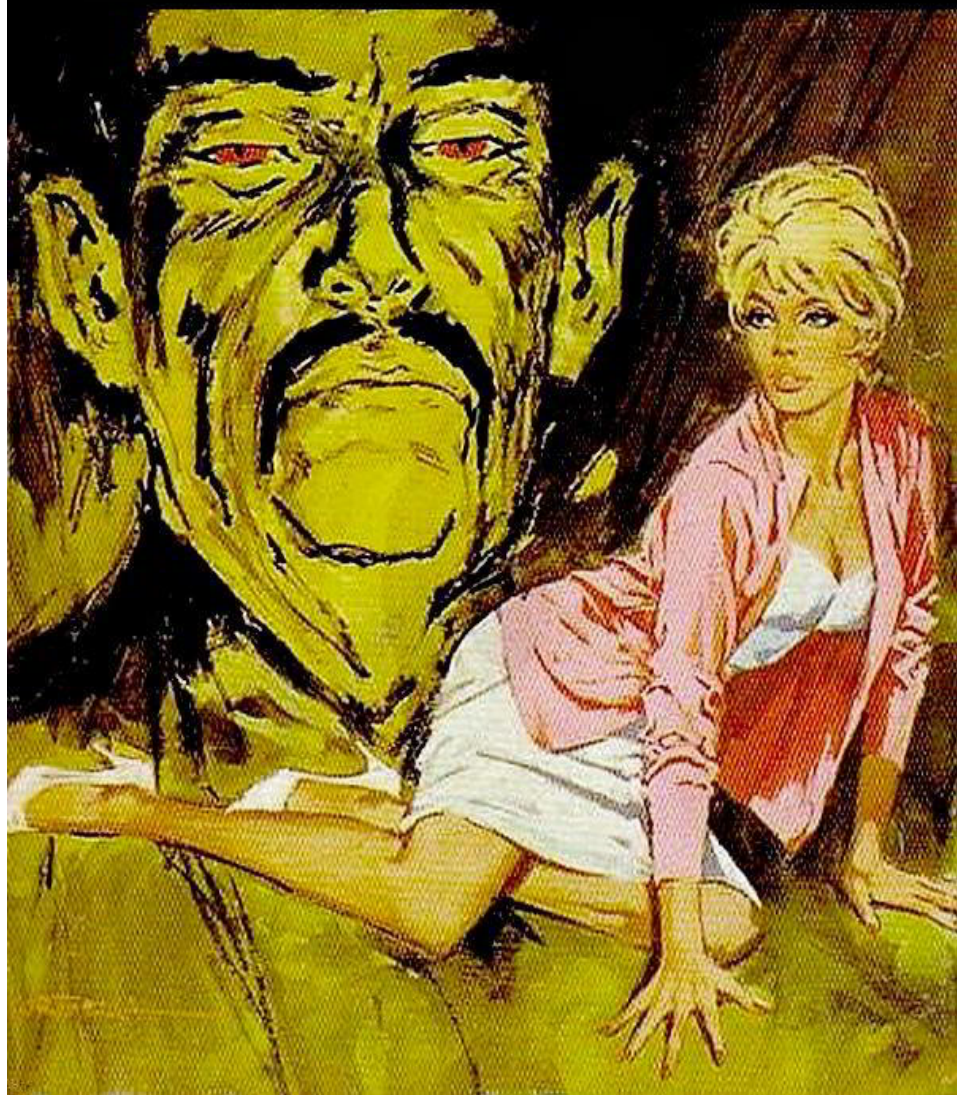


SERVICIO
SECRETO

SS

EL HOMBRE DEL MILLON DE ROSTROS

Curtis Garland



Ben Colby entró aquella mañana en los laboratorios del pabellón de investigación química de la Universidad de Berkeley, California.

Fue una visita casual, casi rutinaria, para reunirse con un compañero de profesorado, David MacIntire. Pero de ese simple hecho dependió su futuro y el de muchas otras personas.

Si Ben Colby, al terminar demasiado pronto su clase de Lógica y Psicología, no hubiera pensado en reunirse con MacIntire, para ir luego juntos a almorzar, como hacían muchas veces, las cosas hubieran sido muy diferentes para él y para cuantos vieron influido su destino por la persona de Ben Colby.



Curtis Garland

El hombre del millón de rostros

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1530

ePub r1.0

Lds 22.01.19

Título original: *El hombre del millón de rostros*

Curtis Garland, 1979

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Ben Colby entró aquella mañana en los laboratorios del pabellón de investigación química de la Universidad de Berkeley, California.

Fue una visita casual, casi rutinaria, para reunirse con un compañero de profesorado, David MacIntire. Pero de ese simple hecho dependió su futuro y el de muchas otras personas.

Si Ben Colby, al terminar demasiado pronto su clase de Lógica y Psicología, no hubiera pensado en reunirse con MacIntire, para ir luego juntos a almorzar, como hacían muchas veces, las cosas hubieran sido muy diferentes para él y para cuantos vieron influido su destino por la persona de Ben Colby.

Era víspera de exámenes finales, y como era tradicional en la Universidad de California, el carillón de la torre estaba desgranando las notas de «Danny Deever», ritual tradicional del más amplio centro de Estudios Superiores de los Estados Unidos. Al día siguiente llegarían los exámenes, pero Ben Colby se sentía satisfecho con sus alumnos. Sabía que muchos de ellos aprobarían fácilmente la asignatura, y algunos con excelentes notas. Se sentía orgulloso de su alumnado, aunque éste sostenía siempre que todo el mérito era de su profesor.

En cambio, David MacIntire no estaba tan seguro, ni mucho menos, de que los estudiantes de Química llegasen a alcanzar tan brillante resultado como los de su amigo Colby y, tal vez por ello, estaba forzando la máquina todo lo posible, para que los más rezagados pudieran hacer un último esfuerzo y, cuando menos, obtener unas notas aceptables en general.

Tal vez por eso, su ayudante había prolongado algo más de lo normal las clases prácticas en los laboratorios, rodeado de los alumnos, y la llegada de Ben coincidió con el momento en que los

jóvenes de ambos sexos se retiraban ya, despidiéndose de profesor y ayudante, para abandonar el campus y dar los últimos y nerviosos repasos a sus notas de cara a la dura prueba del día siguiente.

—Vaya, Ben, usted sí tiene suerte con su clase —suspiró Mark Heller, el ayudante de MacIntire, sacudiendo la cabeza—. No necesita machacarles tanto como nosotros. La asignatura de Química no goza de las preferencias de los muchachos de este curso, ello es evidente.

Colby sonrió, moviendo la cabeza con simpatía hacia las quejas de su compañero.

—Nunca se sabe si en el próximo curso las cosas serán al revés —comentó pensativo—. Cada curso es una historia distinta, usted lo sabe.

—Sí, claro. Pero es que en las prácticas de aleaciones químicas llegan al máximo de errores imaginables. Aquí tiene usted, Colby, los resultados de las pruebas de compuestos químicos que han llevado a cabo hoy los alumnos, sobre una base inicial y dándoles a ellos libertad de acción a partir de ese previo condicionamiento. Pues bien, la mayoría de mezclas son perfectamente inútiles o absurdas.

Señaló una hilera de tubos de ensayo situados en un soporte, numerados y con diversos contenidos de muy varia densidad y color. Comprensivo, Colby asintió con una leve sonrisa.

—No desespere, Heller —le señaló, optimista—. Tal vez uno de ellos haya descubierto, sin saberlo, un nuevo combustible para sustituir a la gasolina...

—No habrá esa suerte —rió Heller, uniendo sus carcajadas a las de Ben Colby—. Lo más que pueden haber conseguido, es una fórmula que le haga la competencia a un insecticida o a un refresco de cola.

Volvieron a reír, y Ben buscó con la mirada a su amigo MacIntire, sin verle por parte alguna. Se volvió a Heller, preguntándole:

—¿Y David, dónde anda metido?

—No sé. Estuvo aquí poco tiempo. Creo que tenía que preparar los cuestionarios del examen de mañana, que andan un poco atrasados. Seguro que lo encontrará en su despacho, Ben.

—Gracias, Heller. Iré a vele. Si piensa quedarse a trabajar más

tiempo, yo me iré a almorzar.

—Sí, vaya usted, Ben. Yo recogeré todos estos tubos y también me marcharé enseguida, una vez anote en cada número la clase de fórmula que ha inventado el alumno... si es que realmente ha inventado algo, cosa que dudo. La mayoría de estos tubos huelen a amoníaco. Menos aquel último, que huele a algo dulzón e inconcreto...

Recogió el soporte con los veinte o treinta tubos diversos mediados de compuestos químicos, y se dirigió hacia otra instalación inmediata. En ese momento, las puertas se abrieron y entró una joven alumna de largos cabellos rubios, lisos y suaves, amplia falda estampada, zapatillas deportivas con calcetines, y unos libros y cuadernos bajo el brazo. Se detuvo, algo cohibida, al ver allí a Ben Colby.

—Oh, perdonen... —se disculpó, mirando alternativamente a uno y otro—. No sabía que estaba ocupado, señor Heller...

—No tiene importancia, señorita Farrow —se apresuró a decir Heller, y Ben creyó notar en la voz del auxiliar de Química un cierto nerviosismo—. Si viene a consultarme algo, puede pasar. El señor Colby es el profesor de Lógica y Psicología, y ha venido a ver al profesor MacIntire. Dígame, señorita Farrow, ¿se trata de algo relacionado con los exámenes?

—En cierto modo, sí —afirmó ella, como si le disgustara la presencia de alguien en el laboratorio, aparte el propio Mark Heller—. Pero puedo pasar más tarde, si lo prefiere.

—Más tarde no encontrará a nadie aquí. Es mejor que se quede aquí y me cuente lo que quiere.

—Disculpen —dijo Colby. Yo me voy ya.

Se encaminó a la salida, mientras Heller depositaba el soporte de tubos de ensayo sobre una larga mesa blanca de mármol. El soporte chocó apagadamente contra la superficie marmórea.

Y, de repente, aquello fue el infierno.

Un espantoso huracán de fuego y humo invadió el laboratorio, en medio de una terrorífica explosión. Los vidrios saltaron en mil pedazos, los alambiques, tubos, retortas y cuanto componía el material allí acumulado saltó por los aires, pulverizado, y Ben se sintió desplazado, lanzado brutalmente contra un muro, mientras sus ropas parecían una antorcha, y un fuerte hedor dulzón y áspero

a la vez invadía sus fosas nasales.

Borrosamente, creyó oír gritos de angustia y dolor en alguna parte de aquel caótico volcán de llamas y negro humo que, de repente, era el laboratorio de la Universidad. Después, notó que caía al suelo, y la consciencia le abandonaba, sumiendo su mente en una sima profunda de negruras insensibles. Y luego, nada.

* * *

Las tinieblas se desgarraron lentamente, como si una negra cortina tendida entre él y el resto del mundo fuese rompiéndose hecha girones, permitiendo entrar poco a poco la luz, las formas, los colores, la vida en suma.

Ben Colby parpadeó, asustado, temiendo no poder resistir aquella luz cegadora que invadía sus pupilas y penetraba en sus retinas, dañándolas. Una voz suave le alentó junto a él:

—Vamos, vamos, no tema. Abra los ojos y soporte la luz. Tiene perfectamente sus retinas. No ha sufrido daño alguno en la visión. Puede hacerlo despacio, para habituarse, pero levante los párpados. No hay peligro en ello, señor Colby.

Ben lo intentó de nuevo, con mejores resultados que la vez anterior. Paulatinamente, fue descubriendo el lugar donde se hallaba, el mundo alrededor. Una luz en el techo, muros blancos, una ventana... Un hospital, sin duda.

Estaña tendido en una cama, boca arriba. Descubrió sus manos vendadas, reposando sobre el embozo. Las alzó, contemplando los vendajes que las envolvían.

—No se alarmé —dijo la misma suave voz—. Están perfectamente. Sólo unas quemaduras. No sufre mutilaciones, señor Colby. Cuando le quitemos esas vendas, estará perfectamente, no lo dude.

Trató de decir algo y emitió unos sonidos. Pero notó que lo hacía con dificultad, que algo le impedía hablar normalmente, y que el sonido que brotaba de su boca era ronco, ahogado por algo.

Alzó de nuevo las manos, pero esta vez para palpar torpemente su rostro. Se alarmó. Tocaba más vendajes. Tenía toda su cabeza envuelta en vendas.

—Sí, es algo espectacular, señor Colby —dijo la voz con calma

—. Pero no ocurre nada. La explosión del laboratorio le alcanzó en el rostro también. No fueron las llamas, sino el líquido infamante que brotó del lugar de la explosión. Un producto químico desconocido que quemó su epidermis. Es cuestión de unos días que se regenere el tejido afectado por el ácido o lo que aquello fuese. Cuando le quitemos esas vendas del rostro, todo habrá pasado.

—¿Sin... deformidades? —jadeó Colby con voz apagada.

—Sin ninguna deformidad —apareció un rostro sonriente en su campo visual. Era el de la persona que hablaba, un médico joven, de cabello corto y rojizo, y expresión apacible—. No le engaño lo más mínimo, tiene mi palabra.

—Ojalá sea así —suspiró Ben. Luego recordó algo—. ¿Y los demás? Había un ayudante del profesor MacIntire, estaba también una joven alumna en el laboratorio...

—Ellos tuvieron menos fortuna, señor Colby —dijo lentamente el médico, ensombreciéndose su rostro—. El señor Mark Heller está ciego. La muchacha... murió.

Una dolorosa contracción asaltó a Ben. Recordó a la joven adolescente, llena de vida, inclinándose sobre el soporte de los tubos de ensayo, cuando iba a preguntar algo a Heller. Recordó a éste, joven también, fuerte y vigoroso... Sin vista. Y ella, muerta...

—Usted estaba más lejos del punto de la explosión —le explicó el médico—. Eso salvó su vida, sus ojos, su propio rostro. Las quemaduras de su piel están cicatrizando con rapidez, y la epidermis se regenera a pasos agigantados. Tuvo usted mucha suerte, señor Colby. Mucha más de cuanto puede imaginar...

El asintió con la cabeza, muy despacio. Evocó el terrible momento de la explosión.

Y el momento inmediato anterior. Cuando el soporte con los experimentos de los alumnos se apoyó en el mármol. Fue entonces cuando tuvo que ocurrir.

Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que provocó el desastre?

—¿Han averiguado... cómo sucedió? —quiso saber, mirando a su médico.

Éste meneó la cabeza en sentido negativo. Parecía desorientado al responder:

—Nadie lo sabe aún. Las averiguaciones en la Universidad han sido exhaustivas, y siguen siéndolo. Usted podría ser para las

autoridades policiales, y académicas un testigo importante, si es que puede recordar algo significativo de cuanto allí sucedió...

—Me temo que no les sirva de mucho. Yo mismo ignoro lo sucedido. Cuando quise darme cuenta, aquello era un infierno que me envolvía en sus llamas.

—Sí, lo comprendo. ¿No sucedió algo que usted pueda recordar? Creo que el señor Meiler ha culpado del suceso a algún alumno cuya identidad desconoce, puesto que había veinticinco compuestos químicos diferentes, resultado de una clase de práctica de aleaciones químicas, y él sospecha que de una de esas aleaciones, al ser agitada con violencia en el traslado del recipiente con los tubos de ensayo, se inflamó de inmediato, como si hubiera sido nitroglicerina.

—Sí, es muy posible que fuera así. Recuerdo que él tomó el recipiente cuando charlaba conmigo y con la alumna que fue a verle, la señorita Farrow. En ese momento puso el objeto sobre una mesa... y ocurrió todo.

—Será importante que cuente usted eso a la policía, para evitar que David MacIntire, su compañero de profesorado, sea acusado de negligencia criminal. Sería posible, según la policía, que algún compuesto químico peligroso, hubiera sido dejado en el laboratorio por error u olvido del profesor MacIntire...

—No, no lo creo. El no es así. Por cierto, doctor, ¿le ocurrió algo a él?

—No, nada. El explosivo resultó poderoso pero de muy limitado radio de acción. No llegó ni a desgajar la puerta de su despacho. Pero el profesor MacIntire está tremendamente afectado por todo esto...

—Sí, creo que sé cómo debe sentirse... —Colby meneó la cabeza tristemente—. Pobre muchacha... Pobre Heller...

—Está, bien, no se preocupe ahora por nada. Le traerán alimento líquido, para tomar con tubo. Procure tomarlo todo. Necesita alimentarse. Y descansar mucho, señor Colby. Hasta que no le quitemos esos vendajes, no le daremos el alta del hospital.

Salió de la estancia, sonriente, y pronto apareció una enfermera con caldo, zumos de fruta y té frío. Lo ingirió todo, y se sintió mejor. La enfermera, una joven y atractiva trigueña de ojos color café y senos juveniles muy llamativos, le sonrió, animosa.

—Eso está bien, señor Colby —aprobó—. Es usted un buen paciente. Dentro de poco podrá tomar alimentos sólidos, en cuanto se le aligeren los vendajes en torno a la boca. Mi nombre es Gladys. Estoy aquí para atenderle en todo.

Ben asintió, mirando a la enfermera a través de las aberturas practicadas en aquella especie de máscara de vendajes que envolvía su faz. Y se preguntó si todo sería como el joven médico le había dicho. Si, realmente, volvería a ser el mismo Ben Colby que era antes de la explosión en el laboratorio.

Todos parecían tan optimistas en aquel hospital... Y, sin embargo, sin saber la razón, Ben Colby tuvo por un instante el presentimiento de que ya nada iba a ser igual que antes. Que algo iba a cambiar en él.

Pero ¿qué?

CAPÍTULO II

—Cielos, Ben, me siento culpable de todo...

—¡Qué tontería, David! —rechazó el paciente—. ¿Qué culpa puedes tener tú de que la fórmula química de un alumno pudiera suponer una especie de nuevo explosivo altamente poderoso? Era un ejercicio libre de químicas, ¿no?

—Sí, pero debí ser yo quien realizara esas prácticas con los alumnos, no Mark. Sé que ahora sería yo quien estuviese ciego, pero sería mejor que sentirse con este peso en la conciencia, con estos remordimientos por lo que debí hacer y no hice, Ben... —Dio vueltas entre sus manos a los libros que había traído para que Ben leyese—. Esa chica muerta, Mark Heller ciego... y tú... tú...

—Yo, esperando a ver si he quedado guapo o feo —sonrió tras sus vendas el enfermo—. David, soy quien menos tiene que perder. El doctor Gorman afirma que quedaré bien, pero esas cosas nunca se saben hasta que estas vendas se levantan definitivamente. Sólo que, aunque quede feo o desfigurado, eso no será una tragedia, sino sólo una adversidad. Infinitamente menor, naturalmente, que perder la visión... o la propia vida. David, no hubieras arreglado nada estando tú allí.

—Tal vez no. Pero debí estar. Esos chicos... Ninguno quiere confesar quién hizo la posible combinación inflamable. Los tubos se destruyeron. Tenemos una hoja del libro de notas de Mark, con los números correspondientes y el nombre del alumno. Pero ¿quién hizo la mezcla y qué nombre llevaba el tubo fatídico? Es algo que tal vez nunca sepamos.

—Y aunque lo supieras, ¿se podría culpar a ese muchacho de lo que hizo? —dudó Ben, moviendo su vendada cabeza.

—No, supongo que no. En todo caso, de negligencia criminal,

por haber creado inadvertidamente un poderoso explosivo capaz de matar y destruir... sin advertir a nadie de sus posibles consecuencias. Peto eso no devolvería la vida a la chica ni la vista a Heller. En todo caso, sería como un lavado de conciencia de la Universidad, y nada más.

—Exacto. Nada más, David. ¿Por qué atormentarte con lo que ya no tiene remedio? La Universidad pasará un mal período. Quizá haya menos alumnos el próximo curso. Eso será todo.

—No, tocio no. Estará la muchacha, Anne Farrow. Y Mark Heller, ciego de por vida. Y tú, si tu rostro sufre alteraciones irreversibles... Todo eso significa algo más, mucho más que unos problemas financieros o de prestigio para la Universidad.

—Pero esas cosas no tienen ya remedio. Y la Universidad, sí. Dentro de poco tiempo, la gente habrá olvidado. Berkeley tiene su fama, su solidez tradicional. Todo volverá a ser aquí tal como era entonces. No puedes culparte de nada, David. Absolutamente de nada. Si tú hubieras estado en el laboratorio, el muchacho que cometió ese error en su mezcla, lo hubiese cometido exactamente igual. Y no hubieras podido evitar el desastre, compréndelo.

—Quisiera comprenderlo, Ben. —David MacIntire, profesor de Química de la Universidad de Berkeley, meneó la cabeza con desaliento—. Pero no puedo. No puedo, la verdad...

—Está bien, deja esos libros ahí —pidió Ben Colby, señalando la mesilla—. Creo que será lo mejor. No voy a lograr convencerte fácilmente de cuanto digo, David.

—No, seguro que no —suspiró, depositando los volúmenes sobre el mueble—. Hasta mañana, Ben. Volveré a verte. Después de todo, no tienes familia, ¿no es cierto?

—Muy cierto —inclinó la vendada cabeza, y jugueteó con el embozo, pensativo—. No tengo a nadie, David. Absolutamente a nadie.

—Pero había una chica, ¿no es cierto? Una chica con quien ibas a casarte...

—Eso fue hace unas semanas. Las cosas cambiaron después. Ella se volvió atrás. Ya no íbamos a casarnos. Ni siquiera sé dónde estará ahora...

—No lo sabía. Lo siento, Ben. Eso empeora un poco las cosas para ti...

—Tal vez las mejora —rechazó Colby—. Imagina lo que sería ahora, esperando si voy a ser el mismo cuando estas malditas vendas caigan... o si se encontraría con otro Ben Colby que nada tendría que ver con el primitivo.

—Pero estás solo, Ben...

—No del todo. Estás tú, que eres un buen amigo. Y están los médicos, las enfermeras... Todo el mundo me ayuda. Esto pasará. Y se olvidará pronto. No podemos evitar ni tú ni yo lo que ya no tiene remedio. Pero es una tontería que te culpes a ti mismo, David.

—Quizá. Sin embargo, no puedo evitarlo —le apretó un hombro afectuosamente, y luego se encaminó a la salida sin decir nada. Sólo cuando estaba a punto de salir de la habitación, se volvió para hacer un breve comentario final—: Te veré otro día, Ben. Ahora tengo que visitar a Mark, Esa es una prueba más dura. Y supongo que seguirá siéndolo siempre. Suerte, Ben, amigo mío.

Se cerró la puerta tras él. Colby reflexionó en silencio, sólo en su alcoba hospitalaria. Le sorprendió el golpear suave de unos nudillos en la puerta.

—Adelante —invitó—. Puede pasar.

La hoja de madera se abrió lentamente. Asomó alguien que le resultó vagamente conocido, aunque en principio no pudo concretar de qué. Era un muchacho alto, rubio, espigado y de ojos azules, de expresión inquieta e inteligente. Le miró con aprensión. Parecía tener la tez demasiado pálida para ser su color habitual.

—Buenas tardes —saludó tímidamente, tragando saliva—. ¿El señor... er... el señor Colby?

—Sí, yo soy. —Ben le miró con viva curiosidad—. ¿Quién eres tú, muchacho?

—Mi... mi nombre es Luther. Luther Craine, señor. Soy... soy alumno de la Universidad.

—Ya. —Ben le estudió en silencio—. Pero no de mi clase, Luther.

—No, señor —su nuez volvió a bajar y subir, cuando tragó saliva dificultosamente—. Soy de la clase de... de química, señor.

—¿Química? —Ben se irguió en el lecho—. ¿Alumno del profesor MacIntire?

—Eso es, señor —asintió el muchacho, trémulo.

—Bien, puedes pasar y sentarte. ¿Es que tienes algo que

contarme?

—Creo... creo que sí, profesor Colby.

—Bien, pues adelante. Te escucho, muchacho. ¿Qué es lo que te ocurre? Ponte cómodo y hablame con sinceridad. Eso, a veces, sienta bien.

—Señor... yo... —El joven no sabía por dónde empezar—. Yo me examiné ese día de prácticas de química... Ya sabe, pruebas de aleaciones y todo eso.

—Muy bien, Luther. ¿Y qué más? Si tienes algo importante que decir, dílo ya. Te estoy escuchando.

—Pero... pero es que lo que debo contarle... es... es demasiado terrible, señor.

—Empiezo a imaginarlo, hijo —suspiró Ben—. Adelante. Ten valor. Di lo que sea.

—Mí... mi tubo de ensayo era el número doce... —resoplo Luther Craine.

—¿Y...?

—Y creo... creo que cometí un error en mi mezcla. Estaba casi seguro cuando me marché. Iba a advertir al señor Heller de que podía ser... inflamable. Utilicé dos elementos peligrosos, y sólo me di cuenta de ello cuando hube salido del laboratorio, al repasar mentalmente la combinación química. Tuve miedo de confesar mi error y no volví. Luego... luego ya era tarde. Oí la explosión, me dijeron lo ocurrido... y aun me sentí más asustado.

—Tanto, que ni siquiera confesaste entonces la verdad a la policía o a la autoridad universitaria, ¿no es cierto?

—Sí, profesor. Me alegra que lo entienda —le miró patéticamente. El llanto asomaba a sus ojos. Temblaban sus labios—. Desde entonces no vivo, no descanso... En mis pesadillas veo a Anne Farrow, mi compañera de estudios, horriblemente destrozada. Veo... veo al señor Heller, mirándome con sus ojos vaciados... Y a usted... a usted con... con...

—Termina, muchacho. A mí... ¿con qué? —le alentó Ben, sereno—. ¿Con el rostro desfigurado, abrasado? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Oh, señor Colby, ¡Dios mío! —estalló en repentinos sollozos el muchacho, dejándose caer en el borde del lecho y ocultando el rostro entre las ropas—. ¿Podrán perdonarme alguna vez los vivos y

los muertos, todos los que, por culpa mía, sufren ahora la desgracia y el dolor, el infortunio o la marcha de este mundo?

—Luther, muchacho... —La mano de Ben fue hasta su hombro y lo oprimió con fuerza y con calor, tratando de inculcarle ánimos, energía, valor para soportarlo todo—. Ahora hay que tener mucha valentía para afrontar tus responsabilidades, quizá tus culpas, no sé... Yo no soy juez ni jurado. No soy nadie para decidir si hubo culpa o no en tu modo de obrar. Primero fue un error. Luego, una indecisión, quizá una cobardía. Y, finalmente, una tragedia en la que tú y el destino tuvisteis partes iguales cuando menos. Yo no te puedo culpar de lo mío. Si no hubiera entrado ese día a ver a mi amigo David, nada me hubiera sucedido. Si esa chica, Ann Farrowm no hubiese ido a ver a Heller para preguntarle algo sobre el examen de química, ahora no estaría muerta. No somos siempre totalmente culpables de nada, Luther. Hay algo que nos condiciona y obliga. Llámalo fatalidad, destino o lo que sea, pero lo hay. Ahora, si quieres, ve a las autoridades y entrégate explicándoles la verdad. Es lo mejor que puedes hacer, créeme. Eso puede liberarte de una carga excesiva para tus jóvenes espaldas...

—Sí... sí —gimió el joven amargamente—. Eso es lo que haré, señor Colby. Lo haré ahora mismo...

Seguía llorando en forma ahogada. Ben Colby le contempló con lástima. Oprimió afectuosamente su hombro. El cuerpo del muchacho temblaba sacudido por los sollozos.

La puerta se abrió en ese momento lentamente. Asomó alguien a la habitación.

Sorprendido, Ben alzó la cabeza. Miró a quien asomaba a la puerta.

—¡Tú! —exclamó, asombrado—. ¡Helen!...

—Sí, Ben querido —sonrió el dulce rostro enmarcado por rubios cabellos que asomaba en el umbral—. Soy yo. He vuelto. He cambiado de idea. Estaré a tu lado cuando te quiten esos vendajes. Y siempre, si tú lo deseas...

Ben no supo qué decir. Ella había vuelto. Ya no estaba solo. Pero el futuro seguía siendo una incógnita. ¿Qué sucedería cuando le quitaran los vendajes? ¿Qué reacción sería la dé Helen, su ex novia, cuando viese su rostro, si éste no era como había sido antes, como había sido siempre?

—Ha llegado el momento, señor Colby —dijo serenamente el doctor Gorman, del pabellón de cirugía plástica y reparadora del Centro Médico de San Francisco, donde estaba hospitalizado Ben Colby.

Éste respiró hondo. No pudo dominar un leve estremecimiento.

Había esperado durante dos semanas este instante. La hora de levantar los apósitos, de ver la realidad, tal como era bajo los vendajes que cubrían su rostro desde el momento mismo en que sufriera las lesiones físicas producidas por el explosivo del laboratorio de la Universidad.

—Sí, doctor —dijo con tono pretendidamente tranquilo—. Adelante, cuando usted quiera.

—No debe temer nada —sonrió el joven cirujano pelirrojo, con expresión alentadora—. Todo irá bien, ya se lo dije. No habrá lesiones ni deformidades, estoy seguro.

—Dios le oiga —suspiró Ben—. Estoy sereno, doctor. Tengo fe en usted. Termine cuanto antes.

—Me alegra que tenga esa buena disposición. Todo va a salir perfectamente. Vamos allá, señor Colby...

Y empezó. La gran incógnita iba a despejarse de modo definitivo, para bien o para mal. Ben Colby esperó, tenso, notando el sudor bajo los vendajes y en las palmas de sus manos. Éstas ya estaban libres de vendas. El precedente no podía ser mejor. Habían quedado perfectamente. Sin una sola huella de lo ocurrido. Si sucediera igual con su rostro...

Las tijeras se incrustaron en la envoltura blanca del tejido. Empezó a oírla cortar, rasgando ásperamente las gasas. Luego, los dedos expertos del médico, hicieron el resto.

Frente a él, dos personas esperaban en tensión. Helen y David. Su prometida y su mejor amigo y compañero de profesorado. Los dos pendientes del misterio que iba a revelarse finalmente bajo las vendas.

Al fin, los vendajes se desprendieron. Ben los vio dispersarse por la cama. La enfermera de los senos llamativos recogió todo ello, arrojándolo a una papelera. Le miró largamente. Ben captó su sonrisa en el rostro atractivo de la enfermera. Fue el primer indicio

de que todo iba bien.

El doctor respiró hondo, y amplió su sonrisa también. Se echó atrás, mirándole atentamente.

—¡Perfecto! —aprobó—. Todo ha salido bien, señor Colby...

Helen cerró sus ojos un momento. Dos lágrimas brillaron entre sus pestañas. David MacIntire exhaló un gemido de alivio.

—Dios sea loado —le oyó murmurar—. ¡Resultado, Ben! Todo ha salido bien...

Colby notaba una especial tirantez en su piel facial, ahora que tenía el rostro al descubierto. Imaginó que aquella especie de rigidez desaparecería con el tiempo, paulatinamente. Lo importante era ver la expresión de los demás. No podía ser más alentadora para él.

—Oh, Ben, es como un milagro —susurró Helen avanzando hacia él, con expresión radiante—. Eres tú, tú mismo... Ni la más leve cicatriz. Nada...

—Mírese, señor Colby —dijo la enfermera, tendiéndole un espejo—. Es mejor que lo compruebe cuanto antes por sí mismo...

Ben tomó el espejo. Lo puso ante sus ojos, notando todavía un temblor leve en sus manos. La superficie azogada le mostró su propia imagen. El rostro de siempre, tal como él lo recordaba, tal como llegó a pensar que no sería ya nunca más. Ni una señal, ni una deformación, por leve que fuese. Nada.

Todos tenían razón. Era él. El mismo. El de antes. El de siempre.

—Cielos... —jadeó, lleno de fervor—. Era cierto. Soy yo, después de todo. Salvó mi rostro, doctor Gorman...

—Se lo dije —le sonrió el médico—. Estaba seguro de ello. Su piel ha respondido admirablemente. No había lesiones profundas, sólo quemaduras como de ácido. Y se han borrado totalmente, ya lo ve. Le felicito, señor Colby. Le felicito de corazón, y doy gracias al cielo por ello.

Respiró hondo, con supremo alivio. Era más, mucho más de cuanto pudo prever. Era la huida de los sueños sombríos, la ruptura en mil pedazos de las peores y más sombrías pesadillas imaginables. Era, en suma, el retorno a la normalidad. Había tenido mucha más suerte que Mark Heller o Anne Farrow. Infinitamente más.

—Ben, querido... —susurró Helen, acercándose a él, alargando sus manos, para acariciar el rostro recién recuperado, recién

descubierto bajo el enigma de las vendas—. Mi vida...

Ben sonrió, alargando también sus brazos hacia ella. Los dedos de Helen se pusieron sobre sus mejillas, amorosamente. Le acariciaron, luego presionaron sus pómulos, su cara toda, como en una patética e ilusionada ceremonia ritual, de felicidad y de amor.

Y, de repente, ocurrió lo imprevisible.

De repente, Helen palideció intensamente, lanzó un terrible alarido de horror, retirando sus manos del rostro de Ben Colby, y retrocedió tambaleante, mirándole con ojos dilatados, llenos de espanto e incredulidad.

—¡Dios mío, no, no! —chilló, angustiada, vacilante sobre sus piernas.

También la enfermera había perdido color. David MacIntire, profundamente impresionado, le contemplaba con estupor, como si no diese crédito a lo que estaba viendo. E incluso el doctor Gorman, lívido, boqueó, sin separar sus ojos de él:

—¿Qué... qué es lo que ocurre? ¿Qué...? *qué sucede*, cielos, con *su rostro*, señor Colby.

Y en ese momento, Helen se desplomó, inconsciente, llegando MacIntire a recogerla cuando ya iba a golpear con su cabeza en el suelo.

Ben Colby, trémulo, sin comprender nada en absoluto, pero presintiendo de repente algo realmente horrible, alzó de nuevo su espejo, antes de que el médico o la enfermera pudieran evitarlo.

Ahora fue su boca la que lanzó una imprecación de profundo horror, de incredulidad suprema. Nunca, antes de ahora, había visto nada parecido durante toda su vida. Era como enfrentarse a la existencia imprevisible de un monstruo capaz de helarle a él mismo la sangre en las venas. Porque el monstruo *era él*.

Allí donde los dedos de Helen se habían apoyado, presionando su rostro, éste había cedido, *se había hundido*, como cuando se aplasta con fuerza una cara de arcilla o de cera blanda. Las huellas de los dedos se marcaban profundamente, modelando, aplastando sus pómulos y mejillas hasta deformarlos atrozmente, como una estatua dañada. Ya ni siquiera se parecía a sí mismo.

Ben, aterrado, llevó sus propios dedos a su faz. Aplastó su nariz, sus labios... ¡y la cara, como pasta blanda y moldeable, cedió, deshaciéndose en una materia pastosa, informe, que ni siquiera

podía recordar una faz humana!

CAPÍTULO III

Ben Colby contempló larga, silenciosamente, al grupo de médicos. Éstos se pusieron lentamente en pie, uno a uno. Llevaban en sus manos su historial clínico completo, fotografías suyas y el resultado de los análisis de su tejido epidérmico, realizado después de producirse el increíble fenómeno.

—Bien, señor Colby —comenzó hablando el doctor Gorman con voz preocupada—. Creo que ya hemos llegado a una conclusión, gracias a la inapreciable ayuda de los doctores Kennedy y Fenwick, especialistas de cirugía plástica y biomedicina, respectivamente.

Ben les miró inescrutable, advirtiendo que pese a intentar algún gesto, su faz no respondía, tirante y rígida, a tales intentos. Sin embargo, su voz sonó normal al hablar:

—Espero que sus conclusiones me saquen de dudas, caballeros. ¿Qué me ocurre exactamente?

—Es difícil explicarlo —dijo Gorman, pensativo—. Es el primer caso, que nosotros sepamos, que se da en un ser humano. Podríamos decir que, en estos momentos, usted tiene no sólo la piel, sino todos los músculos faciales y toda la carne de su cara, convertida en materia moldeable, dócil a cualquier presión o modelado. En suma, en vez de carne humana, parece hecha de cera y arcilla, para entendernos.

—De eso ya me di cuenta antes —fue la seca réplica de Ben—. Lo que quisiera saber es por qué ocurrió eso. Y si tiene remedio a corto o largo plazo, naturalmente.

—Hemos estudiado su caso minuciosamente. No hay motivo alguno racionalmente lógico que explique el fenómeno.

—Doctor, yo soy experto en Lógica, precisamente —le atajó Ben de mala gana—. No me explique lo que es lógico o no. Bastará que

me diga *por qué* ocurre. —A eso iba. Hemos coincidido en una conclusión definitiva.

—¿Cuál?

—El compuesto químico que estalló en el laboratorio de la Universidad tenía una naturaleza tal que, además de quemar parcialmente su epidermis, actuó sobre sus tejidos, convirtiéndolos en una materia maleable y dúctil. Sigue siendo carne... pero capaz de ser modelada o deformada, a gusto de quien la manipule. Sólo esa posible materia química obtenida en aquel momento, explicaría la mutación producida en sus tejidos faciales y que, por cierto, no se dan en sus manos ni en parte alguna de su cuerpo, excepto su faz.

—Dios mío... —Colby movió la cabeza, aturdido—. Todo esto es absurdo, disparatado. No tiene sentido alguno. Estas cosas no le ocurren a nadie, doctor. Uno es un ser humano, no un monigote de cera o de plástico, capaz de ser moldeado a gusto...

—Lo sé, señor Colby. Lo sé mejor que nadie. Usted sufre una anomalía biológica, científicamente inexplicable. Mientras nadie toque su rostro, puede conservar sus facciones normalmente. La climatología y los agentes externos no alteran la materia en que ahora se ha transformado su piel y su dermis. Pero basta que alguien oprima cualquier punto de su rostro, para que éste ceda a gusto de esa persona.

—Doctor, lo que quiero saber ahora es esto: ¿cómo puedo curarme de esa monstruosa mutación y recuperar mi aspecto normal?

—Lo siento, señor Colby —negó lentamente el doctor Gorman—. No sabemos cómo devolverle esa normalidad. De momento, el asunto escapa a todo posible tratamiento químico o médico, no hay terapéutica adecuada para combatir ese fenómeno biológico. Es de momento, naturalmente. En cualquier instante puede ocurrir algo que cambie el panorama por completo. O incluso que, por sí mismos, sus tejidos faciales recuperen la normalidad perdida.

—Entiendo. —Ben inclinó la cabeza, angustiado, perdida toda esperanza—. Eso significa que debo seguir siendo una especie de hombre de arcilla durante el resto de mi vida...

—No, señor Colby, no hay seguridad alguna de que ello sea irreversible...

—Está bien, gracias. No se esfuerce en darme ánimos. Acepto las

cosas tal como son.

¿Cuándo puedo irme de aquí?

—¿Irse? ¿Del hospital? ¿Va a volver a la vida normal, en esas circunstancias?

—¿Qué espera que haga, doctor? ¿Adquirir una habitación a perpetuidad en este Centro Médico, o que me refugie en una caverna de por vida, para que nadie vea al hombre capaz de cambiar de rostro en unos segundos, sólo con poner los dedos encima de su piel?

—Pensé que podíamos estudiar su caso, intentar resolverlo mediante una nueva terapéutica a estudiar...

—Pues estudien mientras tanto, doctor, pero sin obligarme a mí a estar encerrado aquí como un cautivo en un zoológico. Volveré al mundo. E intentaré ser como los demás, al menos mientras sea posible.

—Si lo prefiere así... Pero ya sabe cuál es su caso concreto. Si alguien se entera de él, le considerarán como a un extraño fenómeno. Nosotros guardaremos el secreto profesional, pero otras personas como su prometida, su amigo el profesor MacIntire, pongamos por caso, conocen el hecho y pueden haber hablado, aun sin querer...

—¿Mi prometida? —habló Ben Colby amargamente—. Eso duró poco tiempo, doctor. Ella había vuelto a mí. Pero su firmeza se tambaleó tras lo sucedido. Me dejó una nota ayer, antes de ausentarse definitivamente. Lo lamenta, pero no puede soportar lo que sabe que me ocurre... Dice que sentiría hasta horror hacia mí.

—No parecía amarle demasiado esa bella joven...

—No, me temo que no —sonrió tristemente Ben Colby—. No tiene demasiado firmes sus convicciones. Tal vez sea mejor así. No habrá una tercera ocasión para ella. Ya no. Creo que de ahora en adelante, tendré que ser un hombre distinto, solitario. ¿Se imagina lo que sería una escena de intimidad con una mujer, que ella intentara acariciarle a uno... y mi cara se hundiera bajo sus dedos como si estuviera hecha de mantequilla? No, doctor. Helen hizo lo adecuado. Yo también lo haré. Nada de mujeres.

—¿Piensa volver a su cátedra de la Universidad? —se interesó el doctor Gorman, preocupado por él evidentemente.

—No sé, la verdad. Aún no sé nada de lo que pueda hacer en el

futuro inmediato —meneó la cabeza con escepticismo—. Pero es posible que esto lo condicione ya de modo decisivo...

—Espero que, de ser así, sea para bien. De verdad, profesor Colby.

—Gracias, doctor —le miró lealmente, con simpatía—. Sé que hizo por mí cuanto pudo. Todo hubiera resultado bien, caso de no mediar ese maldito compuesto químico que tantos problemas ha creado ya. Quisiera salir hoy mismo de aquí, si ello es posible, doctor.

—Claro que lo es. Saldrá hoy, amigo mío. Cuente con ello. Y le deseo toda la suerte del mundo —lanzó un suspiro, moviendo la cabeza con aire pensativo—. ¡Quién sabe si esa extraña facultad que posee ahora, de cambiar de rostro a voluntad, puede llegar a ser motivo para un cambio beneficioso e imprevisible en su vida!

El doctor Gorman, en ese momento, fue un buen profeta. Pero Ben Colby no lo podía saber entonces. Ni imaginarlo siquiera.

* * *

El espejo le devolvió su imagen.

La contempló largo tiempo, pensativo. Luego meneó la cabeza.

Ni siquiera podía tocarse la piel, o inmediatamente dejaría su marca en ella. Si presionaba con cierta fuerza, el rostro se hundía como hecho de pasta. Resultaba escalofriante para cualquiera. Incluso para él.

No sabía nada de Helen. Resultaba lógico. El *shock* había sido demasiado fuerte. Y ella nunca fue demasiado constante en sus sentimientos ni actitudes.

Se retiró del espejo lentamente. Nunca había pensado que pudiera convertirse en un monstruo. Porque ¿de qué otro modo podía calificarse aquella horrible mutación de su epidermis, de su propia carne, convertido en algo semejante a la arcilla, la cera o cualquier otra materia maleable?

Para un autor teatral, tal vez hubiera sido una fortuna increíble semejante fenómeno. No pudo por menos de evocar, con una triste sonrisa, la vieja imagen de Lon Chaney. Le llamaron «el Hombre de las Mil Caras».

¿Cuántas podía adoptar él diferentes? Tal vez un millón. Le

bastaba pasar sus dedos, tirar de aquí o empujar allá, para que sus facciones habituales se transformaran totalmente. Algo estremecedor.

Llevaba pocos días fuera del hospital, y ni siquiera había vuelto a la Universidad. No quería que nadie descubriese su terrible secreto. Era mejor mantenerlo callado, oculto para sí. Había eludido visitas, se negaba a recibir a nadie.

Allí, encerrado en su casa, se enfrentaba a solas con su extraño infortunio. Y se preguntaba qué podría hacer en el futuro.

David MacIntire había llamado varias veces, pidiendo entrevistarse con él. Siempre encontró una excusa para eludirlo. No quería ver a persona alguna, ni siquiera a los amigos.

Y así fueron pasando los días para Ben Colby...

* * *

Era extraño.

Algo había cambiado en su rostro. Lo notaba día a día.

Ahora, a las tres semanas de abandonar el hospital, las cosas parecían haber mejorado en cierto modo. La cara se había endurecido, la piel se hacía más resistente a la presión de sus dedos, hasta el punto de que tenía que apretar fuertemente para poder alterar sus facciones si así lo deseaba.

Si no, una presión o un contacto con alguna superficie dura, no alteraba lo más mínimo su rostro. Eso ya era algo. No podía temer que una simple caricia, un choque casual o un beso, por ejemplo, pudieran deformar espantosamente sus facciones.

—Esto va mejor —dijo, esperanzado—. No creo que termine normalizándome, pero al menos puedo hacer una vida normal...

A partir de ese día, incluso empezó a ejercitarse, como una distracción, en darle formas raras a su rostro, alterando sus facciones de modo insólito. Podía adelgazar, engordar, ensanchar o apretar su faz hasta el punto escogido. Y luego, con unos leves toques que iba dominando cada vez mejor, aquel rostro aparentemente de goma, tornaba a ser el suyo. Era como aprender escultura con el más sorprendente modelo imaginable: él mismo.

Interrumpió uno de esos entretenimientos cuando llamaron a la puerta aquella tarde lluviosa. No quería abrir a nadie, de modo que

fingió que no había persona alguna en la casa. No respondió.

La llamada se repitió. Se hizo insistente. El timbre sonaba y sonaba. Luego, fueron fuertes golpes sobre la madera. Y al fin, una voz algo áspera, le conminó desde el exterior:

—¡Abra a la policía, profesor Colby!

—La policía... —Se mordió el labio, procurando no deformarlo.

Recordó el lamentable suceso de la Universidad, donde Anne Farrow hallara la muerte, Mark Heller la ceguera, y él su propio e insólito mal. No sólo las autoridades académicas, sino también la policía, investigaban aquel desdichado incidente. Tal vez tenían que verle para completar sus averiguaciones.

A disgusto, respondió, acercándose a la puerta:

—Ya voy, ya voy. Un momento, por favor.

Abrió. Dos hombres con sus gabardinas empapadas esperaban en el descansillo. Uno le mostró su credencial.

—Sargento Tracy Bannister —se presentó. Y señaló al otro, escueto—. Mi compañero Andrew Talbot. Se hace mucho de rogar, profesor Colby...

—La verdad es que no quiero recibir visitas, sargento —murmuró Ben con voz grave—. Sufrí un accidente y...

—Sé lo que le pasó —afirmó lentamente el policía, pasando al interior del piso—. He hablado con los doctores Gorman y Fenwick. Ellos me lo contaron.

—De modo que lo sabe todo...

—Claro —se encogió de hombros—. Estamos haciendo una investigación rutinaria de la explosión en el laboratorio. Tenemos a un joven que se considera culpable, Luther Craine, una chica que no parece demasiado sincera al hablar de su fórmula química, que es Jennie Farrow, hermana de la chica muerta en el accidente, y finalmente Sam Speck, un joven estudiante que parecía tener relaciones con la joven Anne, y es de un carácter bastante violento y celoso. El también preparó su compuesto químico, pero no antes de tener unas palabras algo fuertes con Mark Heller.

—¿Acaso sospecha que alguno de los alumnos pudiera, tener una intención premeditada de causar daño con un compuesto químico explosivo? —Se horrorizó Colby.

—Uno nunca sabe de lo que es capaz la gente, incluso los muchachos de buena familia, estudiantes de Química, profesor —

sonrió el sargento Bannister, sentándose sin esperar a que se lo indicaran—. Pero no hemos venido a hablar de eso con usted, profesor Colby.

—¿Ah, no? —Enarcó las cejas Ben.

—Después de todo, usted no pertenece a la clase de Química, y sólo estaba allí casualmente, para visitar a un amigo, el profesor MacIntire, ¿no es ello cierto?

—Sí, sargento. Tampoco podría ayudarle mucho. No me enteré de nada, hasta que pareció convertirse aquello en un infierno.

—Lo suponía —suspiró moviendo la cabeza—. Se preguntará usted a qué puedo venir aquí, si no es por eso.

—Pues sí —sonrió Ben—. Empiezo a preguntármelo.

—Verá, profesor —señaló a su compañero—. El señor Talbot es algo más que un colega. El no pertenece a la policía Metropolitana de San Francisco. El es de la Oficina Federal de Investigación.

—¿El FBI? —Silbó Colby entre dientes—. Vaya... Le aseguro que no cometo fraude alguno en mis impuestos...

—Lo sabemos —dijo Andrew Talbot con un pálido asomo de sonrisa—. No temo nada. No es una visita de inspección. El sargento me habló de usted, y me interesó verle.

—Ya. —Colby les contempló sin entender demasiado todo aquello—. ¿Y puedo saber qué interés puedo representar yo para usted o para su oficina, señor Talbot?

—Es obvio —se encogió de hombros, mirándole con cierta curiosidad de entomólogo que se halla ante un nuevo ejemplar de mariposa—. Su rostro, profesor.

Ben apretó los labios. No esperaba eso. Sin saber la causa, sintió cierta irritación.

—¿Le interesan los fenómenos de circo, tal vez? —sugirió brusco.

—Por favor, no lo tome a mal —sacudió la cabeza, tratando de poner un gesto amable y agitó una mano, inclinándose luego hacia Colby—. Imagino como debe sentirse ante un hecho tan desconcertante y poco frecuente, por no decir nada frecuente. Sin embargo, no debe sentirse un bicho raro. Lo suyo podría ser, incluso, una facultad extraordinaria, sabiendo orientarla en la dirección adecuada.

—¿Ah, sí? —dudó Colby frunciendo el ceño.

—Profesor Colby, el señor Talbot es jefe de un departamento especial del FBI, encargado de asuntos extranjeros bastante delicados. Tiene una rivalidad latente con la CIA, aunque a veces trabajen unidos por conveniencias nacionales. Quiere ser el primero en mostrarle sus posibilidades, antes de que la Central de inteligencia se le eche encima.

—¿Tan solicitado estoy? —bromeó Colby.

—No lo sabe usted bien —dijo apaciblemente el sargento Bannister—. ¿Se imagina lo que sería en el espionaje y contraespionaje un hombre capaz de alterar su rostro a voluntad, pudiendo adoptar las facciones de cualquier ser humano, viviente o imaginado, y volver luego a las suyas originales? Es una facultad que no tiene precio.

—Pero yo soy profesor de Lógica y Psicología, no espía —les recordó Colby.

—Exacto, profesor —asintió Talbot—. Precisamente la lógica y los conocimientos psicológicos pueden ser vitales para un agente secreto. Pero en especial, si todo ello se pone al servicio de una facilidad semejante para alterar su físico a voluntad.

—No tengo pensado poner esas dudosas facultades en venta, señores.

—Mal hecho —sonrió el federal—. Mi Gobierno me autoriza a ofrecerle por su colaboración... una suma razonable de dinero. Exactamente trescientos mil dólares.

Ben Colby se quedó sin aliento.

Trescientos mil dólares eran dinero. Mucho dinero. Necesitaba hacer muchos cursos de su asignatura para reunir una suma semejante.

—¿Habla en serio? —preguntó.

—Totalmente, profesor. El Gobierno no bromea en esas cosas.

—¿Por cuánto tiempo de trabajo ofrecen eso? —Receló Colby.

—Por un mes.

—¡Un mes! Es una suma exagerada...

—Usted también es un personaje exageradamente excepcional. No hay otro como usted en el mundo, ni posiblemente lo haya nunca más. Hay que aprovechar la ocasión. Después, será cuestión suya si acepta o rechaza un contrato a más largo plazo. Digamos que ese mes sería el de la gran prueba. Si resulta positiva ésta,

nunca más tendrá que dar clases en su vida. Podrá poseer una finca en las Bermudas, un yate, un *bungalow* frente a la costa y lo que desee. El Gobierno es tacaño en muchas cosas, pero paga bien a quien le sirve de un modo que otro no puede hacer.

—Admito que la oferta es tentadora, pero... repito que no soy un espía.

—Se le adiestrará como tal. Pero no hay mucho tiempo para ello. Habrá que trabajar a marchas forzadas para prepararle adecuadamente. ¿Qué tal formación física posee?

—Practico deportes en la Universidad. He sido jugador de *rugby* y de tenis, en torneos universitarios. También di hace tiempo clases de cultura física.

—Excelente. ¿Uso de armas?

—¿De fuego?

—Especialmente.

—¡No, no! —rechazó—. Nunca tiré al blanco. No me gustan las armas de fuego. —Eso puede arreglarse. Tendrán que gustarle cuando llegue el caso. Pero antes ha de saber utilizarlas. ¿Otras armas?

—Sé lanzar la jabalina y pelear a cuchillo incluso con los osos, desde que fui *boy scout*.

—¿Idiomas?

—Varios. Inglés, francés, alemán, algo de árabe, español...

—Pues para no ser espía, es usted una joya, profesor —declaró Talbot satisfecho—. En pocos días puede ser un agente muy aceptable. Sólo disponemos de diez, exactamente.

—¿Diez? ¿Tan pocos?

—El undécimo día empieza su misión. Inaplazablemente.

—Diablo, ¿ya tengo misión asignada y todo?

—Sí.

—Difícil, supongo.

—Bastante.

—Y peligrosa.

—Mucho —admitió con sinceridad Talbot.

—No me lo pinta demasiado bonito, ¿no?

—Sería una estupidez hacerlo. Nuestros hombres han de saber a lo que van, exactamente. Engañarles podría resultarles fatal. El tío Sam tiene agentes secretos que cobran mucho menos de ese dinero

al año. Usted lo recibirá en un mes. Por algo será, ¿no le parece?

—Sí, parece evidente —admitió Colby—. Supongo que incluso puedo morir en la misión.

—Por supuesto.

—Muy esperanzador —gruñó—. No sé qué hacer.

—Ha de decidirse enseguida. Si no ahora, lo más tarde dentro de unas horas. Esta misma noche. Entonces me llama a un teléfono cuyo número le daré, y me dice simplemente: «Todo a punto. Encargue mi pasaje». Ni una palabra más.

Sería suficiente. Enseguida recibiría instrucciones. ¿Prefiere pensarlo?

—Antes, una última pregunta, señor Talbot.

—Si está en mi mano responderla...

—Supongo que sí. Se refiere a... a mi rostro. ¿Qué esperan conseguir de él?

—Exactamente lo que es capaz de hacer —sonrió Talbot poniéndose en pie—. Cambiar de aspecto cuantas veces sea preciso.

—Está bien. No necesita darme ese número de teléfono —lanzó un resoplido y añadió, rotundo—: Acepto su oferta, señor Talbot.

CAPÍTULO IV

Siguieron diez días intensísimos, absorbentes, agotadores.

Ben Colby fue trasladado a una casa de campo situada en las afueras de San Francisco, donde unos hombres poco o nada habladores se hicieron cargo de él. Durante más de quince horas al día, fue entrenado en deportes, atletismo, saltos, escalar muros, tiro al blanco, pruebas psicotécnicas, de observación, estudio de motores, vuelos en helicóptero, lanzamiento en paracaídas, inmersión, buceo, y cuanto un hombre puede aprender sin reposo, incluido repaso de idiomas, terminando los primeros días con dolorosas agujetas y una fatiga que le hacía caer rendido en su cama.

No tenía compañeros. Toda práctica y ejercicios eran para él solo y contaba con tres monitores y diez profesores de todo tipo, bastante correctos en el trato, pero absolutamente herméticos respecto a cualquier pregunta sobre su trabajo. Tenía terminantemente prohibido abandonar el recinto vallado de la finca, telefonar o enviar correspondencia y cualquier contacto con el exterior. Sin embargo, le facilitaban la lectura que deseara, la comida era sana y abundante, y el alcohol no estaba completamente prohibido, aunque su dosis cotidiana era más bien escasa y en bebidas de pocos grados.

Oficialmente, en su domicilio constaba una ausencia de descanso al extranjero, y se le entregaba el correo que pudiera haber en su buzón, pero sin posibilidad de poder responder a ello, salvo en un caso de máxima urgencia y bajo control de profesores.

El octavo día le visitó Andrew Talbot en persona y supervisó los ejercicios. Pareció complacido de los resultados, aunque nada dijo. Al despedirse de Ben, le manifestó:

—Ésta no es una escuela oficial del FBI, ni las prácticas que efectúa son las de los cursos habituales de nuestros hombres, profesor. Dada su especial adaptación a nuestra organización, debe recibir enseñanza aparte. Ahora serán dos días íntegros de tarea más sencilla y descansada: aprendizaje de maquillaje y caracterización, aplicación de tintes, copias de modelos de personajes determinados en su propio rostro, primero como lo haría un vulgar actor... y finalmente la adaptación de sus facultades a esos métodos rutinarios. Sus profesores ya conocen su facultad, de modo que no se sorprenderán en exceso, aunque imagino que siempre será un espectáculo nada habitual para ellos... Suerte, profesor Colby. El décimo día será trasladado de aquí a un lugar que sabrá en su momento, y se le entregarán las instrucciones de su misión. Es todo.

Le estrechó la mano y se ausentó. Ben Colby se sintió aliviado de ceder un poco en la intensidad de pruebas físicas y psicometales, aunque para estas últimas, su conocimiento de la psicología y de la lógica, le fueron muy útiles.

Aquella tarea fue mucho más amena, e incluso divertida. Primero trabajó sobre láminas o retratos, aplicándose maquillaje para asemejarse a diversos personajes históricos. Luego, trabajó sobre modelos en relieve y color.

Finalmente, el último día de clases, le pusieron ante un espejo y le mostraron los rostros de un caucasiano rubio, de ojos azules, un negro africano, un hindú, un japonés y un árabe. Eran formas modeladas en color natural, como rostros auténticos.

—Intente amoldar su rostro a esas formas físicas —le dijo su profesor—. No se desanime si primero no resulta. Debe jugar con su propio rostro, pero también con tintes, lentillas de colores y otros aditamentos, aparte los colores de maquillaje.

Primero resultó más difícil de lo que parecía. Lograba amoldar sus facciones a cada raza, pero le faltaba el parecido. Sus profesores, fascinados, contemplaban su modo de hundir, estirar o hinchar su rostro, desfigurándose hasta extremos increíbles, para luego cambiar de nuevo cada rasgo de su cara. La carne de su faz era como dura goma moldeable, como un material plástico dúctil y cambiante.

—Otra vez —le decían, implacables—. Insista hasta lograr el

parecido. Es imprescindible. No bastan los rasgos étnicos, sino el parecido; Sobre todo, el parecido.

La sesión se prolongó horas y horas. Empezó a sentirse agotado, pese a las tazas de café que le servían. Cuando iba a dormirse, insistía su profesor de maquillaje:

—No, Colby. No duerma. Todavía le queda otro intento. El hindú y el japonés no tenían suficiente semejanza.

Y vuelta a empezar.

Hasta que, al fin, todos se pusieron en pie, admirados. Los dedos de Ben, sobre aquella cara asombrosamente variable, trabajaban ya con soltura, suavizando rasgos, buscando el parecido incluso en leves huellas de cicatrices, verrugas o granos. Luego, extendía los tintes y maquillajes, aplicaba las lentillas y se miraba al espejo.

—Fantástico, Colby —aprobó su maestro—. Es algo increíble. Si logra siempre copiar así a un ser humano, puede suplantar a quien quiera sin que nadie lo note.

—Bien... —exhausto, se dejó caer en el asiento—. ¿Terminado?

—Terminado. Ahora, retírese a dormir, una vez recuperados sus rasgos normales. No le despertaremos mañana hasta que llegue el helicóptero que debe trasladarle. Se merece ese descanso, amigo.

Cuando cayó en la cama, blanda y acogedora, ya no se enteró de más. Un minuto más, dormía profundamente.

Andrew Talbot viajaba con él a bordo del helicóptero. Sobrevolaban campos de cultivo, camino de alguna parte que Ben ignoraba cuál podía ser.

—Le felicito, amigo mío —dijo el federal—. Los informes de este período de enseñanza son inmejorables. Es usted un gran alumno. Veremos qué tal es ahora en la práctica. Allí no tendrá a nadie que le oriente. Todo dependerá de usted, llegado el momento. De su iniciativa, de su imaginación y buen criterio.

—¿Voy a conocer al fin mi verdadera misión?

—Sí, va a conocerla hoy mismo —se golpeó el pecho sobre su corazón—. Aquí llevo el sobre lacrado con las instrucciones previas. Deberá leer y memorizar todo. Luego, destruirá cuanto hay dentro. A medida que se desarrolle la tarea, irá recibiendo nuevas instrucciones.

—Entiendo. ¿Debo ir muy lejos?

—¿Lejos? —sonrió Talbot—. No. De momento aquí, sin salir de

los Estados Unidos. Luego... depende de muchas cosas.

Callaron ambos hombres. Sólo fue audible el ronroneo de los motores, mientras el helicóptero seguía su vuelo. No tardaron en perder altura, para descender sobre lo que parecía otra zona acotada, bajo control federa!, en un paraje solitario.

—Hemos llegado —informó Talbot.

—¿Adónde?

—A uno de nuestros centros. De aquí saldrá ya en automóvil, con una nueva personalidad que no será la suya. Pero todo eso figura en las instrucciones previas. Tómelas, Colby.

Le entregó un sobre color marrón, lacrado, del tamaño de una hoja holandesa. Notó que abultaba. Encima iba escrito su nombre, Y un sello en rojo:

«TOP SECRET: CONFIDENCIAL»

—¿Lo abro ya?

—Cuando quiera. —Talbot le tendió su mano al pisar tierra—. Le dejo. Buena suerte, Colby. Espero que volvamos a vernos. Será prueba de que todo ha ido bien y usted sigue con vida.

Ben se estremeció. Había aceptado aquella nueva vida más por huir de su obsesión ante aquella mutación de faz, para darle una utilidad de la que pudiera sentirse un día orgulloso, no exclusivamente por el dinero. Ahora sabía que su trabajo no iba a ser fácil ni exento de riesgos. Por algo estaba bien pagado y tan rodeado de misterios, precauciones y cautelas.

Un hombre que se presentó como el inspector-jefe McCain, del FBI, División de Seguridad Nacional, le saludó cordialmente; conduciéndole a una habitación. Le anunciaron que le pasaría la cena a las siete, y se marcharon dejándole solo. Colby cerró la puerta y rasgó el sobre.

Extrajo una serie de fotografías minuciosas, detalladísimas, en todas las posiciones, tomadas por delante y detrás, desde la nuca a la visión frontal, con numerosos escorzos y perfiles.

Todas correspondían a una misma persona: un hombre de raza árabe, joven y de expresión inteligente. También había allí otras fotografías de personajes diversos, con su nombre y detalles escritos en el dorso.

Una hoja mecanografiada acompañaba al material. La leyó:

«Primero adopte un rostro cualquiera para salir de este centro por carretera. Conserve las fotografías del Emir Sheik Al-Fadir, hasta que adapte sus facciones a las de él. Ha de ser con perfección absoluta, sin olvidar el más mínimo detalle.

»Irá en el coche hasta un motel, el Paradise, situado en la carretera general de parte de este centro, hacia Sacramento, en la milla doscientos seis. Alójese allí con el nombre y datos del documento adjunto. Mañana, a mediodía, altere su rostro conforme las instrucciones adjuntas. Espere hasta que llegue un camión de transporte donde cargarán su coche y suba a él. Le conducirán a un aeropuerto secreto, de donde un avión le llevará, en su nueva condición e identidad, hasta un determinado lugar. Recibirá nuevas instrucciones entonces».

Memorizó eso con rapidez. Luego se puso ante el espejo y cambió de rostro, adoptando uno ancho y vulgar. Se aplicó lentillas oscuras y un tinte rojizo en el cabello, así como algunas pecas en sus mejillas. Guardó el pequeño equipo de maquillaje en el estuche que debería ajustar adecuadamente en el tacón de uno de sus zapatos. El FBI confiaba en sus dotes de transformación facial, no en los afeites tradicionales.

Estudió las fotografías y datos de todos los personajes incluidos en el sobre, y destruyó una a una las fotografías tras grabar en su memoria cuanto leyera, con la excepción de las fotografías del Emir Sheik Al-Fadir.

Así conoció previamente a personas importantes de Oriente Medio, como el primer ministro del emirato árabe de Nabad, Muley Bedik, a Ali Yusef, jefe de un comando terrorista, enemigo del emirato, al Místico Hamulláh, líder religioso de la Secta Esotérica Mosseq, a Yvonne Mossad, hermosísima mujer con mezcla árabe y francesa en sus venas, casada con el Emir, y finalmente a Morgan Silverstein, un norteamericano muy rico, presidente de Petróleos de Nabad y amigo personal del joven Emir.

Aquel tablero de rostros, nombres y referencias de Oriente Medio, no decían mucho todavía a Ben Colby, pero la idea de verse mezclado en intereses petrolíferos, terrorismo y lucha de sectas religiosas musulmanas, no resultaba nada tranquilizador. El foco de tensión del mundo moderno, iba a ser precisamente el lugar para su bautismo de fuego. Y posiblemente, también el de su funeral.

Cenó a las siete en punto. Su anfitrión del centro federal no mostró gran sorpresa al verle totalmente cambiado. Era evidente que unos pocos del FBI conocían sus extraordinarias facultades de transformación física.

A las ocho y inedia en punto, fue llevado a un automóvil. Le dieron un par de maletas con ropas y útiles personales, comprobaron que llevaba sus documentos con nombre falso, a los que se adhirió una fotografía con los sellos en seco correspondientes, mostrando su rostro actual, y le despidieron deseándole suerte.

Ben condujo el coche a través de la noche, carretera adelante hacia el norte, en dirección a la capital de California. No tardó en avistar la verde luz fluorescente del Paradise Motel, y se detuvo allí.

Mostró sus documentos al inscribirse y firmó en el libro de registro. Le dieron un *bungalow* entre jardines y palmeras, y se encerró en él. Se acostó, descansando tranquilamente hasta la mañana siguiente.

A las diez puso manos a la obra ante el espejo. Situó en hilera ante sí las fotografías del joven Emir. Era su primer papel serio, evidentemente, en su nueva carrera de suplantador de personalidades. Se preguntó por qué. Pero aún no tenía la menor idea de la exacta naturaleza de su misión y, por tanto, de su actual caracterización.

No resultó demasiado difícil. Una hora más tarde, un maravilloso e increíble parecido con el joven Emir, era reflejado por el espejo. Las lentillas color café y el tinte negro para sus cabellos, completó la tarea. Otro tinte dio a su piel el matiz: bronceado oscuro del joven árabe.

Cuantas veces repasó su semejanza con aquellas fotografías, dio idéntico resultado. Era una obra perfecta. Nadie hubiera notado diferencia alguna.

Procedió a destruir las fotografías, y esperó. A eso de la una y

media, un gran camión de transporte se detuvo ante el motel. Cargaron en él su automóvil. El salió con sus maletas y subió también al pesado vehículo. Se sentó junto al chófer y el ayudante, que gruñeron un saludo. Partieron carretera adelante.

No cruzaron palabra entre sí. Tras varias horas de camino, se adentraron en unos campos de cultivo, dejándolos atrás, para terminar bordeando un amplio campo de trigo, y finalmente enfilear un llano que, evidentemente, se utilizaba para aeropuerto secreto.

Había allí un edificio con apariencia de granero, que resultó ser un hangar. De él, apenas oscureció, salió una avioneta. El piloto asomó a la ventanilla de la cabina y tendió a Ben otro sobre.

—Puede subir —invitó—. Nos vamos.

Asintió, subiendo a bordo. Rasgó el sobre y empezó a leer el mensaje. Notó un escalofrío.

Las nuevas instrucciones eran ya reveladoras. Pero nada optimistas para él.

La misión iba a ser mucho más difícil de todo lo imaginado... Y también más peligrosa.

* * *

El hospital estaba en una zona aislada. Vehículos militares rodeaban el lugar, formando cerco. Algunos hombres de paisano, nerviosos e impacientes, miraban al cielo, como si esperasen ver descender sobre ellos el maná.

Un motor ronroneó en la distancia. Un cuerpo metálico brilló entre las nubes, aproximándose a la zona acotada.

—Ahí está —dijo uno de los hombres de ropas civiles—. Menos mal...

—¿Resultará? —dudó el otro.

—No lo sé. Pero vamos a intentarlo a cualquier precio.

—¿Será posible el engaño? Muley Bedik le conoce muy bien...

—Lo sabemos. Pero no hay otra solución. Se le ha notificado ya que Su Alteza ha salido del estado de coma y está fuera de peligro. Imagino su sorpresa. Ha anunciado el inmediato regreso a los Estados Unidos por vía aérea. Llegará esta misma noche a Nueva York.

Callaron ambos hombres al tomar tierra la avioneta. Corrieron a

su encuentro. El aparato se posó justamente en unos campos situados tras el edificio del hospital. Unos distintivos señalaban que ese centro médico era del Ejército de los Estados Unidos.

Abrióse la portezuela de la avioneta. Para pasmo de los civiles, un hombre en chilaba, que era la réplica exacta del Emir Sheik Al-Fadir, bajó con rapidez del avión. Ambos se quedaron como viendo visiones.

—Cielos. —Pestañeó uno de ellos—. Si no acabara de verle allí, inmóvil, tendido en la Unidad de Cuidados intensivos, pensaría que se produjo el milagro...

—Comprendo su sorpresa —sonrió Ben Colby, en su identidad del Emir Al-Fadir—. He estado revisando repetidas veces las películas que tienen de ese hombre durante el vuelo. Las he pasado varias veces en la cabina de atrás. Y he intentado copiar sus movimientos y ademanes habituales.

—Pues lo hace maravillosamente bien. Pero sobre todo ese rostro, esa semejanza... Es impresionante. Talbot tuvo razón. Usted es portentoso, amigo mío.

—Ojalá ellos piensen igual —pidió fervorosamente—. ¿Cómo está el Emir?

—Mal. Como siempre. Tal vez nunca salga de ahí con vida. Pero eso ellos no deben saberlo. Veo que ya se ha hecho la cicatriz en la garganta...

—Claro. —Ben se tocó la nuez y la fea marca allí trazada en su moldeable carne—. He leído las instrucciones. Un balazo en la tráquea, ¿eh?

—Y otros varios en el cuerpo. El de la tráquea es el peor. No puede hablar palabra. Pero eso nos irá bien. Disfrazar la voz es más difícil. ¿Habla usted árabe?

—Poco. Pero entiendo mucho. Creo que me arreglaré. He oído hablar a los personajes en esos noticiarios. Su idioma me resulta comprensible.

—Tanto mejor. Vamos pronto. El primer ministro llegará hoy por vía aérea. Evidentemente está perplejo con las noticias de la súbita mejoría de su Emir y quiere verlo por sí mismo. Hemos dispuesto ya su habitación. El Emir fue trasladado a otra Unidad que ellos no pueden localizar en este recinto. Supondrán que salió usted de la UCI para pasar a una habitación tras la mejoría. ¿Sabrá

interpretar el papel de enfermo grave?

—Sé hacer cosas mucho más difíciles —sonrió Ben—. Confíen en mí.

—No tenemos otro remedio —le dijeron Con una sonrisa animosa.

—Pues adelante, en ese caso. Espero que todo vaya bien.

—Dios le oiga. Si el Emir muere aquí, su primer ministro culpará a los servicios de seguridad norteamericanos por el atentado que le cueste la vida. Será el pretexto ideal para dar el golpe de Estado en su país, nacionalizar el petróleo y expulsar de allí a nuestros asociados y técnicos, implantando una dictadura religiosa del peor cariz. Ésa es la situación en estos momentos. Quieren manipular las cosas de modo que nosotros hagamos el papel de enemigos del Emirato, mientras ellos realmente exterminan la monarquía de Nabad con el apoyo terrorista del llamado Partido de Liberación del Emirato o comando «Media Luna Negra». Es un juego de intereses en el que los Estados Unidos pueden perder su prestigio, su petróleo... y el joven Emir su vida, así como su esposa, la joven Yvonne Mossad.

—Bonito panorama —gruñó Colby—. Y todo depende de mí...

—Exacto. Todo depende de usted, ésa es la gran verdad.

CAPÍTULO V

El hospital de máxima seguridad elegido por el Gobierno de los Estados Unidos para su regio huésped de Nabad, tras el atentado sufrido por el Emir, recibió esa misma noche la visita urgente de Muley Bedik, el primer ministro del Gobierno de Abulqum, capital del Emirato árabe.

La noticia de la inesperada mejoría del paciente había sido también notificada por radio y televisión en todo el país. Uno de los primeros productores de petróleo de Oriente Medio, pese a su pequeña extensión territorial, tenía en la balanza de su inestable situación política, agrabada por el atentado, un elevado índice de las importaciones petrolíferas norteamericanas, así como intereses multinacionales de USA en el Emirato. Con la posible muerte del joven Emir herido, todo eso se podía ir al garete si los esotéricos seguidores del fanático Místico Hamulláh alcanzaban el poder.

Para el Departamento de Estado norteamericano, el primer ministro Bedik estaba mezclado en la conjura que difícilmente podría frenar Yvonne Mossad, la esposa del Emir, gobernando sola en Nabad, como hacía ahora, lejos de su esposo hospitalizado. Pero no se podía probar el papel intrigante del primer ministro en el complot contra el Emir, y eso dificultaba las cosas notablemente.

El muley Bedik que descendió de un coche oficial ante el centro hospitalario, mostraba una sonrisa complaciente y feliz ante la buena nueva de la mejoría repentina e imprevisible del joven monarca árabe. Sin embargo, un buen observador hubiese captado sin duda alguna el frío brillo diamantino de sus negros ojos estrechos, como evidencia de que la noticia distaba mucho de complacerle.

El cónsul de Nabad en Nueva York acompañaba al primer

ministro en su visita, pero cuando se le dijo a éste que sólo una persona podía visitar durante dos minutos al paciente, conforme a las exigencias médicas del momento, fue el político quien se apresuró a entrar en la estancia.

La luz en la salita era suave, aunque no escasa. Permitía apreciar perfectamente la figura del Emir, tendida en reposo, respirando lenta y reposadamente, con sus ojos cerrados y un frasco de suero colgando de un soporte, enviando gota a gota su contenido al cuerpo del paciente.

Muley Bedik apretó sus delgados labios con una expresión hierática al aproximarse al lecho. Estaban presentes dos médicos y dos enfermeras, aparentemente cuidando del herido, si bien todo eran medidas precautorias para no dejar solo al supuesto Emir con su primer ministro.

—¿Podría ver a solas a Su Alteza? —preguntó roncamente el político.

—Imposible, señor —rechazó con energía un médico—. Esto es lo máximo que podemos permitir, lo siento. Su Alteza aún dista mucho de estar fuera de peligro. Ni siquiera puede hablar, de modo que no le sería posible conversar con él.

—¿Hay esperanzas de recuperación definitiva? —indagó el ministro.

—Las hay, sí, Excelencia —asintió el otro doctor—. Y muy fundadas.

Muley Bedik arrugó el ceño, sin hacer comentario alguno. Contempló de cerca al paciente, examinó su garganta y luego dio unos pasos atrás.

—¿Y el habla? ¿Podrá recuperarla?

—Tal vez no. Pero quizá con una prótesis pueda emitir sonidos, algunas palabras. La bala se incrustó en su tráquea y hubo de operar. Sufre muchos desgarros.

—Entiendo —el primer ministro caminó hacia la salida tras una duda—. De todos modos, es asombroso cómo cambiaron las cosas repentinamente. Hace sólo doce días, estaba virtualmente muerto, sin esperanzas... Y hoy... podemos alimentar esperanzas de que pueda volver a reinar un día, evitando las luchas intestinas de nuestro país. Sólo él puede salvar a Nabad de la revolución y el caos.

—Pues lleve la buena nueva a su tierra, Excelencia —sonrió el médico—. Ya ve que ni siquiera necesita cuidados intensivos. Puede permanecer en su habitación ya de un modo casi normal.

En ese momento, el supuesto Emir abrió los ojos. Ben Colby graduó perfectamente la carga psicológica del instante. Su garganta emitió un ronquido sordo, tal y como una grabadora del hospital había recogido al principio, en su ingreso allí en gravísimo estado.

El primer ministro dio un respingo. Su tradicional impasibilidad sufrió un brusco quebranto. Pestañeó, volviendo la cabeza hacia el Emir.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Le ocurre algo?

—Vea, Excelencia —declaró el médico con tono entusiasmado—. Ha debido oír su voz. Ha abierto los ojos. Y quiso decir algo... Por favor, no le fatigue mucho. Véale una vez más y retírese, se lo ruego.

Muley Bedik se inclinó sobre el paciente. Miró los oscuros ojos que brillaban entre las pestañas. Ben movió levemente sus labios, como si quisiera hablar. El primer ministro se estremeció.

—Increíble —manifestó, apartándose lentamente con una forzada sonrisa—. Me reconoce, doctor. Está mucho mejor de cuanto pensé. ¿Cuándo podrá ser trasladado a nuestro país para ser atendido allí?

—Excelencia, la propia señora Mossad ha insistido en que él permanezca aquí hasta estar fuera de peligro.

—Políticamente es peligroso una ausencia tan prolongada...

—Pero clínicamente es suicida enviarle en avión a su país, Excelencia. Aquí tenemos más medios, y el atentado, recordad que se produjo en territorio norteamericano. Si un traslado precipitado le costase la vida, ante la opinión de su Emirato seríamos nosotros culpables de negligencia o precipitación. Como país aliado y amigo de Nabad, no podemos permitir correr ese riesgo al Emir ni a nuestras relaciones.

—Lo comprendo —el ministro se batió en retirada ante la indirecta del médico militar—. Bien. Volveré dentro de unos días. Ahora tenemos serias dificultades políticas en mi país y mi presencia allí es ineludible. Procuraré que la señora Mossad visite a su esposo en el primer momento de que disponga. Pero las buenas noticias espero que la llenen de satisfacción por el momento...

Abandonó el hospital rodeado por su escolta personal, en el coche blindado que el Gobierno norteamericano ponía a su servicio. Los médicos y muchas otras personas camufladas en aquel centro médico como personal sanitario, exhalaban un profundo suspiro de alivio cuando el primer ministro de Nabad estuvo ya lejos, Y Ben Colby no fue una excepción precisamente.

—Dios sea loado —exclamó, sentándose en el lecho y quitándose el tubo del suero suavemente—. Espero haberlo hecho bien...

—Ha sido una interpretación perfecta —rió el médico militar guiñándole un ojo—. Hubo un momento en que incluso llegó a engañarme a mí. Fue cuando abrió los ojos y lanzó ese gruñido. Era exactamente lo que hubiera hecho un paciente en su situación, caso de poder moverse y tener consciencia.

—De modo que el caballero Bedik se tragó la píldora.

—Creo que del todo. Parecía como si el enfermo fuese él —rió el otro médico.

—Y ahora, ¿qué debemos hacer? —preguntó Ben—. ¿Esperar a la esposa del Emir y de nuevo a ese buitre del desierto?

—Me temo que su vida no será tan descansada —meneó el médico la cabeza negativamente—. Hasta que lleguen Muley Bedik o la esposa de Sheik Al-Fadir, nadie tiene por qué visitar al falso Emir. De modo que tendrá otra ocupación... tal vez en otro sitio muy lejos de aquí. Son rumores que he oído, no me haga caso.

Ben Colby pronto confirmó que sí tenía que hacer caso a esos rumores. Un agente federal de servicio le entregó otro sobre, tras felicitarle por su actuación.

Ben abrió el sobre rompiendo los sellos. Si lo de antes le había causado inquietud, lo de ahora era realmente espeluznante.

—Dios mío... —jadeó—. Segunda parte de la misión. ¡Y ahora nada menos que en el propio Emirato de Nabad!

Tomó las fotografías que contenía el sobre y se sentó ante un espejo. Poco después, había desaparecido totalmente la imagen del Emir Sheik Al-Fadir, para convertirse el dúctil rostro de goma de aquel hombre de un millón de caras, en el de otra persona muy distinta.

Una persona cuya suplantación podía significar la muerte cierta.

Lori Parker, corresponsal de la Agencia World-News en Oriente Medio, miró en torno Suyo a los somnolientos viajeros del avión. El aparato sobrevolaba ahora el Mar Rojo tras haber dejado atrás el Canal de Suez.

Era el
DC-10

que cubría la línea Londres-Atenas-Abulqum, de las Líneas Aéreas de Nabad. No viajaban muchas personas a bordo. La situación delicada del Emirato, había influido decisivamente en el número de extranjeros que lo visitaban. Sobre todo, después del atentado al Emir, en los Estados Unidos, y los rumores de golpe de Estado en la capital de Nabad.

Desde algún lugar no revelado, el Místico Hamulláh, líder de la secta religiosa Mosseq, había hecho público días atrás un inquietante comunicado, anunciando que se avecinaba para el Emir y sus leales un duro golpe que devolvería la hegemonía a los religiosos de su secta, como en viejos tiempos históricos, y expulsaría del país a los extranjeros colonizadores, al tiempo que cerrarían sus grifos del oro negro a todo país aliado o amigo del Emir.

Con semejantes perspectivas, no era fácil por tanto que muchos viajeros eligiesen la bella ciudad de Abulqum, auténtico oasis moderno en un desierto perforado por los pozos petrolíferos, como lugar de turismo o de visita. Más bien era al revés. Muchos vuelos para Occidente salían completos de Nabad, e incluso países como Egipto o Grecia acogían a muchos exiliados voluntarios del peligroso Emirato.

Lori Parker dominó un bostezo, realmente aburrida. Ni siquiera un hombre joven y atractivo, se dijo con desaliento. Sólo viejos industriales, banqueros, peregrinos árabes y algún turista arriesgado.

Lori volvió a tomar el ejemplar de *Time* donde aparecía una crónica suya, enviada a través de la World-News Agency desde el Líbano, en los días de otro duro enfrentamiento libano-israelí. Lo malo de Oriente Medio, pensó Lori, es que siempre se tenían que escribir temas violentos y desagradables. Ahora, por si fuera poco, la enviaban a Nabad, que no era precisamente un paraíso, a pesar de sus grandes reservas petrolíferas.

A su izquierda, al otro lado del pasillo, una anciana de blancos cabellos y espaldas curvadas, leía un libro con aire absorto. Su rostro era rugoso y pálido, y sus ojos tras las gafas, de color diluido, entre azul y acuoso. Podía tener lo mismo sesenta que cien años.

El caballero alto, rubio y fornido, de casi un metro noventa, que ocupaba otro de los asientos de delante, le había llamado ya la atención varias veces durante el viaje. Era el típico americano seguro de sí mismo, rubio canoso, con amplias entradas, ojos de acero y facciones duras y halconadas. No era del todo desconocido. Mentalmente, lo relacionaba con las grandes finanzas, pero sin lograr situarlo entre sus recuerdos.

Por fin, cuando una azafata le llamó respetuosamente en inglés «señor Silverstein», su mente se iluminó, «Morgan Silverstein —le recitó su computadora cerebral—. Presidente de Petróleos de Nabad y de Fuentes Energéticas Árabe-Americanas. Dos ramas de la multinacional American Oil Trust». En suma, un hombre importante. Muy rico. Poderoso. Un magnate de los crudos, gracias a la buena amistad Nabad-USA. Pero si los fanáticos religiosos se hacían con el poder, Silverstein saldría del Emirato como un apestado. Era la paradoja de los grandes magnates del petróleo en la época actual.

De súbito, la mujer canosa se puso en pie. Su libro cayó al suelo. En su lugar, inexplicablemente, un fusil ametrallador había emergido, brotando de debajo del asiento, como si fuese una vulgar lata de cerveza.

—¡Quietos todos! —cortó con voz ronca, en un inglés levemente cadencioso—. Al que se mueva, lo acribillo. Éste es un secuestro, señores...

Hubo gritos histéricos y revuelo a bordo. Silverstein, mortalmente pálido, giró la cabeza, contemplando angustiado al extraño secuestrador.

Éste se había despojado de la peluca canosa y de un rostro plastificado que cubría el suyo verdadero, con la máscara de una mujer anciana. Apareció una faz morena, angulosa, fría y agresiva. Un bigote negro adornaba sus gruesos labios. Evidentemente, era un hombre de raza árabe.

—Dios mío... —murmuró una azafata, mirándole con terror—. ¿Qué pretende con esto? Es una locura...

—La locura sería resistirse —se mofó el árabe riendo—. Diga al piloto que desvíe el vuelo hacia el Oeste. Nos vamos a Libia.

—¿Cómo pudo introducir ese arma a bordo sin ser detectada? —Fue la pregunta asombrada de Lori Parker, llevada por su curiosidad periodística.

—Eso no es asunto suyo, jovencita —cortó el secuestrador, siempre expresándose en un inglés con claro tono árabe—. Pero digamos que tengo mis propios trucos para burlar a los aeropuertos y las compañías aéreas. Ahora estense quietecitos y no les ocurrirá nada. Usted, vaya a informar al piloto, ¿quiere?

La azafata desapareció en la cabina delantera. El fusil ametrallador del secuestrador aéreo seguía teniendo bajo control a todos los viajeros. Silverstein, que parecía muy interesado observando al pirata del aire, de repente lanzó una sorda imprecación.

—Creo que sé de quién se trata —masculló—. Usted es Alí Yusef, del comando de la «Media Luna Negra».

—¿Cómo me ha conocido? —rió el terrorista con un destello maligno en sus negros ojos.

—He visto fotografías suyas en Nabad.

—Vaya, ¿de modo que es usted urjo de los rufianes que explotan a mi país en beneficio de los cochinos yanquis o de los imperialistas ingleses? Debí imaginarlo. No me gustan los tipos como usted.

—¿Piensa matarme acaso, sólo porque no le caigo bien?

—Lo haré si me enfurece con sus estupideces. Aquí no es usted nadie, sea lo que sea. Ahora mando yo, ¿está eso bien claro?

—El capitán dice que está conforme —habló la azafata asomando en la puerta delantera—. ¿Qué espera ganar llevándonos a Libia con este avión?

—Esperaré a ver cómo reaccionan los libios. Mis peticiones son siempre justas. Exigiré la liberación de presos políticos amigos míos, bajo la tiranía del Emir Al-Fadir, a cambio del avión y, posiblemente, de la vida de todos ustedes. Deberá elegir el propio Emir si los quiere vivos o muertos.

—Eso es monstruoso —protestó Lori Parker—. Imagine que el Gobierno de Nabad no acepte sus condiciones...

—Entonces, les mataré —dijo fríamente el terrorista, con una sonrisa cruel en sus labios carnosos y sensuales.

Un profundo silencio se hizo a bordo del avión árabe. Todos se miraron entre sí, realmente asustados. El avión estaba rectificando su rumbo de modo ostensible, con un amplio y acentuado viraje hacia el sudoeste, para alejarse de su ruta en dirección a Abulqum.

Alí Yusef, el jefe del comando terrorista enemigo del Emir Sheik Al-Fadir, parecía controlar totalmente la situación. Aquel temible guerrillero, de quien se afirmaba que estuvo también mezclado en el atentado contra el Emir en territorio norteamericano, ahora conducía a Libia el aparato secuestrado, posiblemente para descargar así otro golpe de efecto de alcance internacional contra el Emir de Nabad.

Pero todos sabían que este hecho podía en cualquier momento derivar hacia una crisis dramática, a poco que las circunstancias pudieran ponerse adversas contra el secuestrador de la nave comercial.

La azafata, nerviosa, miraba al terrorista, amo y señor de la situación, cuya metralleta cubría, desde el fondo del avión, allá en la cola, a todos los viajeros del aparato nabadí.

—No tema —le dijo éste con cierta ironía, al advertirlo—. Mientras no me den motivos para ello, no va a ocurrirles nada a ninguno.

Un oficial de la compañía aérea apareció en la puerta de la cabina. Rápido, Yusef dirigió su arma hacia él. Pero el hombre uniformado alzó sus brazos con rapidez, mostrando su total ausencia de intenciones agresivas.

—No se alarme —pidió con voz ronca—. Soy el copiloto.

—Bien. ¿Qué quiere? —preguntó secamente Alí Yusef.

—Hemos variado la ruta. Nos dirigimos a Libia. Pero el comandante desearía saber qué punto, exactamente. Las relaciones libio-nabadís no son demasiado amistosas últimamente. Si sobrevolamos su territorio sin previo aviso, podríamos ser atacados por antiaéreos, con desastrosas consecuencias...

—Pueden informar por radio a las autoridades libias de lo que sucede a bordo —sonrió el guerrillero—. En cuanto al lugar elegido, diríjanse a Jarabud, cerca de la frontera egipcia.

—Entendido. Jarabud. Hay un pequeño aeropuerto al sur de esa ciudad... ya en el desierto. Pero no es un aeropuerto militar, sino civil.

—Exacto. Es al punto adonde quiero que vayan. No tendrán dificultades en tomar tierra en esa zona. Y hay gente que nos esperará allí para hacerse cargo del avión y su pasaje. Les repito que, si no me crean problemas, nada va a sucederle a ninguno de ustedes, ¿está eso bien claro?

—Muy claro, sí —asintió sombríamente el copiloto—. ¿Puedo regresar a la cabina de mandos?

—Hágalo. Si avisan a otros Gobiernos de lo que sucede, no me preocupa. Pero adviértanles de que estoy dispuesto a todo. Si intentan algo contra mí o el avión, nos iremos todos abajo sin remedio. No olvide eso.

—No será fácil olvidarlo —admitió el copiloto con una sombra de amarga sonrisa en sus labios, cuando desapareció dentro de la cabina de mandos del aparato.

Lori Parker estaba atenta a todo. Extrajo un bloc y se puso a escribir con rapidez. Alí Yusef se fijó en el detalle. Se aproximó, enarbolando su arma. Lori alzó los ojos, sobresaltada. Miró a su raptor.

—¿Qué hace? —preguntó éste en su inglés de acento árabe.

—Escribir —dijo ella, preocupada.

—¿Por qué?

—Soy periodista. Trabajo para una agencia de noticias internacional.

—Ya —los oscuros ojos del guerrillero se fijaron en ella con frialdad—. ¿Está relatando sus experiencias personales en este vuelo?

—Algo así, en efecto —susurró ella.

—¿Cómo piensa calificarme? ¿De criminal abominable?

—No, no —se apresuró a negar la joven—. De momento no nos ha hecho daño a nadie.

No habría motivo para insultarle.

—Déme lo que ha escrito —pidió abruptamente el secuestrador aéreo.

Tomó el bloc con su mano zurda. Pasó rápidamente los ojos por la hoja escrita y rió entre dientes, devolviéndoselo. Ella volvió a ponerlo sobre sus rodillas y medio muslo desnudo.

—No está mal —admitió Yusef—. Pudo ser peor. Puede seguir escribiendo. Supongo que esto le dará un éxito profesional

aceptable.

—Si vivo para contarle, sí —opinó ella.

—¿Por qué no habría de vivir? ¿Teme que intenten algo contra mí y esto termine de la peor forma imaginable?

—Podría suceder en cualquier momento. Las cosas en Nabad están bastante mal ya, desde que hirieron a su Emir en los Estados Unidos. Las fuerzas aéreas podrían intentar algo desesperado antes de que llegáramos a Libia. Egipto no pondría dificultades a una acción así.

—Está usted muy enterada de las preferencias y enemistades árabes en estos momentos —rió Yusef sarcástico—. Tiene razón. Puede suceder cualquier cosa. Esperemos que no sea así, y aterricemos sin novedad en el aeropuerto civil de Jarabud. Es un viejo aeródromo casi abandonado, que ocupan para prácticas de vuelo privado unas empresas de aviación deportiva. Una vez allí, no tendrán nada que temer. ¿Cuál es su nombre?

—Lori Parker. Trabajo para la World-News Agency, de Londres y Nueva York.

—Pero usted es inglesa.

—Sí —parpadeó ella, mirando el rostro moreno e inescrutable del terrorista—. ¿Cómo lo sabe?

—Su modo de hablar el inglés —rió Yusef—. No soy ningún imbécil, señorita.

—Ya me doy cuenta de ello. ¿Por qué mata usted a sus enemigos a sangre fría?

—Por eso —se encogió de hombros el guerrillero—. Porque son mis enemigos.

—¿Es usted un idealista o un mercenario?

—El idealismo total no existe —rió Yusef—. Digamos que soy mitad y mitad. Como todo el mundo. Los fanáticos son idiotas. Los mercenarios, egoístas sin sentimientos. En el término medio está lo justo.

—O lo peor.

—Quizá —la estudió con frialdad—. No se pase de lista. No me gusta que una mujer me irrite. Ni siquiera una mujer tan bella e inteligente como usted, señorita Parker.

—Perdone. No hablaré más de eso.

—Hará bien. No hable: escriba. Es su oficio, ¿no? —Y dio media

vuelta, paseando entre los viajeros metralleta en ristre, sin perder de vista a ninguno.

Morgan Silverstein, el hombre del petróleo en Nabad, se volvió hacia Lori cuando ésta se disponía a escribir de nuevo en su bloc. Le habló suavemente:

—Tenga cuidado. Con esa clase de gente, hablar con demasiada sinceridad es peligroso, señorita.

—Imagino que sí —suspiró la joven—. ¿Está usted asustado, señor Silverstein?

—Decir que no, sería mentir —sonrió el magnate de los productos energéticos del Emirato—. Si ha secuestrado este avión, imagino quién es el motivo principal de su acto.

—¿Quién, señor Silverstein? ¿Usted?

—Acertó —afirmó sombríamente el millonario—. No debí arriesgarme en este vuelo, pero tuve falsas informaciones. Se rumoreaba que Alí Yusef, el máximo dirigente de los comandos terroristas «Media Luna Negra», había sido cercado o quizá capturado en los Estados Unidos, por fuerzas federales que seguían su pista tras el atentado al Emir Sheik Al-Fadir. Evidentemente, mis informes no tenían gran veracidad...

—Y ahora somos cautivos de ese asesino mitad idealista, mitad mercenario —meditó Lori en voz baja—. ¿Cuál cree que es su plan auténtico?

—Llegar a Libia, liberarles a los demás, y llevarme a mí de rehén a alguna parte donde reunirse con los miembros de la Liberación Nabadi, que dirige ese fanático peligroso llamado popularmente el Místico Hamulláh, cuya única ambición es el poder, llevando su sectaria religión esotérica a todo el país. Con ello, el intrigante primer ministro Muley Bedik se hará con el poder, ordenando la ejecución de Yvonne Mossad, la esposa del Emir, y la de éste mismo, si llega a sobrevivir en América a sus graves heridas.

—Un complot encaminado, en suma, a cerrar el grifo petrolífero a Occidente, apoyado en la sombra por los intereses políticos y económicos de países del Este —apuntó Lori, pensativa.

—Algo así, señorita Parker. Detrás de todo aparente idealismo, están siempre las grandes potencias, moviendo los hilos de la trama —dijo amargamente el magnate del petróleo nabadí—. Creo que...

—¡Ustedes dos, cállense ya! —cortó la voz de Yusef

áspidamente, desde el fondo del avión—. No charlen tanto. Señorita Parker, escriba, que es lo suyo. Y usted, señor Silverstein, reserve energías. Va a necesitarlas.

—¿Lo ve? —musitó el millonario, encogiéndose de hombros con una sonrisa resignada—. Viene a por mí...

Y se encogió en su asiento, enmudeciendo con expresión muy preocupada. El avión, entretanto, seguía su nueva ruta, en dirección a Libia, a un olvidado y apartado aeródromo al sur de Jarabud.

CAPÍTULO VI

Era un sol ardiente, abrasador.

Y alrededor, el desierto. Una interminable llanura dorada, árida, de la que se elevaba el vaho calcinante de la sequedad y los reverberos solares.

Era el aeródromo casi olvidado de Jarabud. Unos hangares cuyos tejados ardían bajo el sol, rodeaban las descuidadas pistas de aterrizaje. No más de tres avionetas y dos o tres aviones, eran visibles dispersos en las pistas o encerrados en los hangares. La bandera libia y la de una asociación de vuelos deportivos, ondeaban descoloridas y gastadas, junto a unas oficinas de vidrieras polvorientas y deteriorados muros.

—Es desolador —comentó Lori Parker, al ver el lugar a través de una ventanilla del aparato.

Alí Yusef la miró sin comentar nada, y se encaminó a la puerta del avión, sin dejar de encañonar a todos.

—Usted, señor Silverstein —ordenó—. Venga conmigo.

—Lo sabía —resopló amargamente el financiero, poniéndose en pie—. Adiós, amigos. Les deseo que salgan pronto de esta pesadilla...

Hizo un gesto de amargura resignada, y avanzó hacia Yusef lentamente. Su corpachón de hombre fornido, vigoroso, y su rostro rubicundo, parecían la viva imagen de la fortaleza, la salud, la vitalidad. Pero todos sabían, al verle partir, en medio de un tenso silencio, que toda esa apariencia vital podía truncarse con una simple ráfaga de metrallata.

Alí Yusef bajó a tierra con su rehén. Le apoyó el arma en la espalda y caminó lentamente tras él, bajo un implacable sol de fuego, en un clima de sequedad agobiante.

Los dos hombres se alejaron por las pistas del aeropuerto civil, en dirección a algún punto que el terrorista conocía ya de antemano. Rodearon un hangar. Allí, tras el mismo, una de las avionetas se mantenía con el motor en marcha, el piloto sentado ante los mandos, y una sombra humana acomodada en el compartimento posterior, envuelta en una amplia prenda clara, de usanza árabe, y un turbante negro que ocultaba casi por completo sus facciones. Subió Yusef a la avioneta con su cautivo. Lo acomodó frente al misterioso ocupante de la avioneta y él mismo se puso al lado de éste, encañonando con la metralleta al cautivo.

—Buen golpe, Alí —aprobó el otro en inglés—. Veo que resultó bien...

—No podía fallar, señor —dijo el guerrillero con un asomo de sonrisa.

—Siempre eficaz, ¿no es cierto? —rió el viajero de la avioneta. Se inclinó y avisó al piloto—: Ya puede despegar. Nos vamos.

—Sí, señor —respondió el piloto en árabe.

La avioneta empezó a rodar por la pista desértica, cubierta de arena en parte a causa de los ardientes vientos que venían del desierto. El avión secuestrado quedaba en la otra pista, más allá de los hangares. Unos mecánicos árabes se aproximaban al mismo con indolencia, sin demostrar excesiva prisa por atender a los viajeros. Lori Parker, a través de la ventanilla, vio despegar la avioneta con el guerrillero y el señor Silverstein a bordo.

—¿Y ahora, qué va a ser de ese infortunado? —musitó la joven periodista, con una expresión angustiada en su bonito semblante.

La avioneta se perdía en la distancia, remontándose en el azul, hasta ser sólo un punto centelleante, quizá en ruta hacia Nabad. En ruta hacia la posible muerte del millonario americano secuestrado.

* * *

—Ha sido una tarea perfectamente realizada. Pero muy audaz. Tal vez demasiado. No debió arriesgarse tanto, Yusef.

—Había que hacerlo, Excelencia —sonrió apaciblemente el terrorista, mirando con fijeza a su interlocutor en el palacete umbrío, rodeado de jardines y palmeras, en la zona residencial de Abulqum, en las afueras de Nabab—. Y se hizo.

—Es usted un hombre singular, Yusef —ponderó el primer ministro Muley Bedik—. Ni siquiera teníamos noticias suyas, pensando todavía que estaba cautivo de los federales, en los Estados Unidos, cuando usted aparece aquí y secuestra limpiamente al señor Silverstein, tal y como estaba calculado. Una operación que yo pensaba se iba a demorar indefinidamente, hasta que sus hombres eligieran un nuevo jefe, y usted no sólo se libera de los americanos, sino que lleva a cabo el golpe con una audacia increíble.

—Si no fuese así, Excelencia, no hubiera llegado a ser quien soy.

—Eso es cierto. Supongo que se da cuenta del inestimable servicio que está usted prestando al país. El Emir gravemente herido, aunque recuperándose de un modo imprevisible, el principal financiero americano que controla el petróleo en Nabad en nuestro poder... y la posibilidad del definitivo golpe de Estado que deje el control de nuestro amado país en las manos del Místico Hamulláh, para quien todos trabajamos lealmente en estos momentos.

—Exacto, señor —asintió Yusef serenamente—. La victoria final está cerca...

—Y todo, gracias a usted. ¿Qué piensa hacer ahora, Yusef?

—Reunirme con mi gente, si sabe usted dónde se encuentra. No he podido establecer aún contacto con ellos.

—Los tres comandos especiales de la «Media Luna Negra» están preparados y en lugar seguro —sonrió el primer ministro de Nabad con expresión astuta—. Le llevaré enseguida a reunirse con ellos. Ah, por cierto. El avión de línea ha llegado a Nabad sin novedades, aunque sin Silverstein a bordo, naturalmente. Ahora están reunidos sus viajeros con la prensa internacional. Corresponsales y todo eso, ya sabe. Una joven viajero, Lori Parker, era periodista, y está dando su propia información del suceso.

—Conocí a esa joven a bordo. Espero que no resulte peligrosa.

—No, claro que no. Y si llegara a resultarlo, no se preocupe —los ojos de Bedik brillaron malignamente—. Nos ocuparíamos de ella en forma adecuada. Usted ocúpese de asuntos más importantes, como son las misiones inmediatas de sus comandos activos. Queremos dar el golpe antes de que pueda recuperarse definitivamente el Emir y regresar a su país. Eso podría sensibilizar a su pueblo y dificultar el derrocamiento, a causa de la lealtad de la gente de la calle a su gobernante.

—Entiendo. ¿Y la esposa del Emir?

—¿Yvonne Mossad? —El primer ministro enarcó sus cejas—. No se preocupe por ella, Yusef. También la tengo bajo control. Es sólo una mujer. Y su posición no es nada fuerte. Su condición de mestiza árabe y francesa la hace una extranjera infiel para la gente de Nabad. Eso nos facilitará las cosas a la hora de derrocarla.

—Derrocarla y ejecutarla, supongo.

—Por supuesto —asintió el primer ministro—. Ahora, venga conmigo, Yusef. Le enviaré con su gente sin perder tiempo. Tienen ustedes mucho que hacer, recuerde los planes previstos.

Le tomó por un brazo, cortésmente, conduciéndole a través de las suntuosas estancias del palacete, entre guardia fuertemente armada, hasta un rumoroso jardín con canalillos de agua y fuentes, entre altas palmeras cimbreadas a la brisa cálida del desierto. Allí, en la distancia, en medio de las arenas doradas, se vislumbraban las formas metálicas y las interminables tuberías de las instalaciones petrolíferas, como una extraña ciudad del futuro.

Alí Yusef fue conducido a un *jeep*. Muley Bedik habló con tres hombres armados de su guardia personal, que afirmaron. Subieron con Alí Yusef al *jeep*, y éste partió con rapidez, a través del desierto. En el palacete, quedó el primer ministro, contemplando su alejamiento con una sonrisa enigmática.

—Adiós para siempre, guerrillero —se despidió entre dientes con voz malévola—. Ya no nos eres útil aquí. Lo de Silverstein estuvo bien, pero es tu última hazaña. Vas a perecer, junto con todos tus valientes comandos... El Místico Hamulláh no te necesita en vísperas de su victoria final, que le hará amo y señor de Nabad...

* * *

Cuando los soldados detuvieron el *jeep* frente a un oasis en medio del cual se alzaban las ruinas de una antigua mezquita, Alí Yusef iba cruzado de brazos, sus manos perdidas en las amplias mangas de su indumentaria típicamente árabe.

—Hemos llegado, señor —le informó el oficial que se sentaba junto al conductor—. Sus hombres esperan en esas ruinas. Hay un pasadizo secreto y un subterráneo difícil de localizar... Allí los encontrará. Buena suerte, señor. Que Aláh les proteja.

—Gracias, hermano —dijo apaciblemente Alí Yusef.

Y saltó del *jeep*, flotando al aire del desierto su blanca chilaba. Dio la espalda a los soldados del primer ministro Bedik.

Era el momento previsto. Los soldados y el oficial alzaron simultáneamente sus armas. Una metralleta y dos pistolas apuntaron a la espalda del guerrillero.

Sin embargo, el desenlace de la escena fue imprevisible. Alí Yusef giró sobre sus talones bruscamente, dejándose caer en la arena con la velocidad de la centella. La primera ráfaga de la metralleta pasó sobre su cabeza, crepitante, en medio de llamaradas espasmódicas.

El guerrillero llevaba dos pistolas de pesado calibre en sus manos, dos «45» automáticas, que rugieron como pequeñas piezas artilleras, apuntando a diversos blancos. El oficial aulló, soltando su metralleta, cuando las balas destrozaron su cráneo. Cayó de bruces, dando volteretas en la arena, entre salpicaduras de sangre. El segundo soldado, alcanzado por otra bala en pleno rostro, se llevó las manos al mismo, emitiendo un aullido horrible, para caer quedando colgado en la portezuela del *jeep*. El último miembro de la escolta militar tuvo tiempo de disparar una sola bala, que se clavó en la arena, ante el rostro moreno de Yusef. Éste apretó el gatillo de nuevo. Sus dos armas se concentraron en el superviviente, que pegó un salto atrás, alcanzado de lleno en el pecho. Las balas desgarraron su corazón y pulmones, arrojándolo más allá del vehículo, entre sacudidas violentas y estertores de agonía.

Momentos más tarde, los tres se quedaban inmóviles en la arena, mojando ésta con su sangre, rápidamente absorbida por la candente superficie dorada. Alí Yusef emitió un gruñido de alivio, y se puso en pie, sin soltar sus armas, mirando ceñudo a los tres muertos.

—Conque un doble juego más, ¿eh, Bedik? —murmuró entre dientes—. Me lo figuraba, amigo... Pronto te devolveré golpe por golpe.

Se volvió, pensativo, hacia el oasis del desierto. No se percibía en él ruido alguno. Caminó lenta, pausadamente, en dirección a ese lugar. Alcanzó las ruinas de la pequeña y vieja mezquita, usada quizá por tribus nómadas del desierto en otros tiempos, antes de que el Emirato de Nabad fuese un país próspero y de alta renta per cápita, gracias al petróleo, a la inteligente forma de gobernar del

joven Emir, y a la influencia occidental en su vida de ancestrales costumbres musulmanas, no del todo desaparecidas, aunque privadas de todo fanatismo gracias al joven Emir y a su padre, el difunto creador de aquel nuevo emirato rico y modernizado.

Entre las ruinas localizó el pasadizo secreto de que hablaran, bajo una losa de piedra. Unos angostos escalones descendían a un oscuro subsuelo. Llamó con voz grave, hacia el interior. Pero nadie le respondió, pese a que lo hizo en árabe. Ante aquel silencio, suplió una de sus grandes pistolas automáticas por una linterna extraída de entre sus amplias ropas, y bajó con la luz encendida, sin soltar la otra pistola, en previsión de lo que pudiera suceder allí dentro.

No existía peligro para él. Los ocupantes del subterráneo, exactamente una veintena, reposaban en diversas posiciones. El aire aún tenía un olor dulzón en aquella especie de sombría cripta, refugio de guerrilleros.

—Gas —murmuró entre dientes Yusef—. Les asesinaron fríamente a todos...

Era el fin del temido comando «Media Luna Negra». No había duda de que a Muley Bedik y a su jefe, el Místico Hamulláh, no les hacían falta ya ninguno de ellos.

Abandonó la macabra cripta con lentitud. No haría ni diez horas de aquella sorda masacre. Debieron presionar la losa de entrada para impedirles salir, y luego gasearon el interior por algún orificio. Rápido y eficaz.

—No se mueva, Alí Yusef. Suelte esa pistola inmediatamente o aprieto el gatillo.

El guerrillero no dudó. De pronto, algo metálico y cilíndrico se había apoyado en su espalda con fuerza. La voz se expresaba con dura energía. Si intentaba algo, aquella arma dispararía sin dificultades.

De haber querido asesinarle, lo hubieran hecho. Soltó su pistola y alzó levemente los brazos. Comentó, sardónico:

—¿Quiere que me una a mis guerrilleros, asesinados ahí abajo?

—¡Vuélvase! —ordenó la voz, sin responder a su pregunta—. Pero cuidado con intentar nada. No dudaré en disparar si me obliga a ello.

Obedeció. Se quedó mirando a la joven y a su revólver. Enarcó las cejas.

—Eso no es una pluma, señorita Parker —dijo irónicamente—. ¿Ahora escribe así sus crónicas?

—En este mundo hay que hacer cosas muy raras para sobrevivir, señor Alí Yusef —sonrió ella extrañamente, sin que su pulso temblara lo más mínimo—. Ahora, dígame una cosa. ¿Quién es usted, realmente?

—¿Y lo pregunta? Creo que lo sabe muy bien. Ya lo supo en el avión.

—Está mintiendo. Alí Yusef sigue prisionero de los federales, en los Estados Unidos.

Acabo de enterarme, sin lugar a dudas. Por tanto, ¿quién es usted, repito?

El exhaló un suspiro, moviendo la cabeza.

—Parece saber muchas cosas para ser sólo una periodista —comentó el guerrillero—. Acertó, mi querida amiga. Soy Ben Colby, de los servicios de Seguridad Nacional del FBI norteamericano... ¿Y usted?

—Agente especial 009 del Servicio de Inteligencia británico —sonrió ella, con una expresión de risueña complicidad en sus ojos—. Pero también Lori Parker, de la World News Agency, por supuesto.

CAPÍTULO VII

—¿Cómo dio conmigo en este oasis?

—Conocía la existencia del oasis. No sólo ustedes son los listos. Claro que supongo que el arresto de Yusef les habrá ayudado mucho para suplantarle, pero su semejanza con él es extraordinaria. Inverosímil, diría yo.

—No es que me parezca. Es producto del maquillaje y los trucos —aludió Ben una explicación más profunda y concreta, porque no podía darla tampoco—. Ciertamente que él confesó muchas cosas al FBI, que nos sirvieron para una suplantación adecuada. Pero ignorábamos, como ignora él mismo, que el primer ministro le traicionase, haciendo un doble juego.

—No es el primer ministro quien lo hace, sino su amo y señor.

—¿El Místico Hamulláh?

—Eso es. Ese sectario intrigante que aspira al poder absoluto en Nabad, es quien mueve los hilos de la trama.

—Me gustaría dar con él. ¿Dónde se oculta?

—Eso nadie lo sabe. Poca gente le ha visto, salvo en contadas ocasiones, y siempre con su negro hábito y su turbante, presidiendo alguna reunión esotérica. Dicen que es un hombre viejo, encorvado y de blancos cabellos y barba blanca, un auténtico religioso de místico aspecto. De ahí su nombre. Pero pocos, o casi nadie, conocen su auténtico lugar de residencia, sus recursos y sus propósitos reales. Algo hay de cierto en todo ello: es un antioccidental absoluto, y propugna la vuelta al viejo Islam de estos países que basan su desarrollo y su prosperidad en su relación con Occidente y sus fuentes energéticas explotadas por financieras multinacionales que obtienen sus grandes beneficios, sin duda, pero a base de haber invertido cientos, miles de millones en la

explotación industrial de esas fuentes de energía y en la creación de puestos de trabajo y un alto nivel de vida. Todo eso no puede destruirse de la noche a la mañana, implantando un fanático sistema político-religioso que sólo puede conducir de nuevo a la miseria y el atraso.

Mientras hablaba así, la joven periodista británica, realmente al servicio de los organismos de Inteligencia de Su Majestad, iba caminando junto a Ben Colby, de regreso al *jeep*. Algo más allá, Ben vislumbró la presencia de un caballo ensillado, medio que sin duda utilizó la joven para desplazarse al oasis.

—Y ahora, he dejado a Silverstein en manos del primer ministro... —meditó en voz alta Colby—. No tenía otro remedio que secuestrarle, tal como tenían planeado hacer cuando el verdadero Yusef fue a los Estados Unidos, si quería llegar allí convenciendo a sus aliados de mi falsa identidad. Lo que ni él ni yo sospechábamos, es que Bedik planeara deshacerse de los comandos de la «Media Luna Negra».

—Evidentemente, ya no los necesita. Ahora actuará la Guardia Imperial del Místico Hamulláh —explicó la joven—. Son sus selectos hombres que forman la fuerza de choque especial. Cuando den el golpe de Estado, esas fuerzas especialmente adiestradas, ocuparán los puestos claves del país. Les estorban la gente como Yusef y sus hombres, una vez cumplida su misión.

—Pero ahora tenemos que rescatar a Silverstein y salvarle la vida.

—Por supuesto. De todos modos, no creo que pretendan matar inmediatamente a Morgan Silverstein. Es un hombre muy rico, y pueden obtener un elevado rescate por su vida, aunque luego lo maten de todos modos, pretextando un intento de fuga o algo así. Tenemos tiempo de salvarle... si es que logramos evitar el golpe de Estado del Místico y su gente.

—¿Usted ha sido enviada por el Gobierno británico para eso?

—Lo mismo que usted —asintió ella—. Hay poderosos intereses británicos. Y no sólo relacionados con el petróleo, sino con la existencia casi segura de yacimientos de uranio muy rico en el sur del Emirato.

—Uranio enriquecido... —Silbó entre dientes Ben Colby—. Eso significa otra fuente de energía para Nabad, si se piensa en centrales

nucleares.

—Las reservas de petróleo se agotan por momentos en todo el mundo. Ese uranio especialmente rico, puede ser una fuente inagotable de nueva energía. Mi país ha adquirido los derechos de explotación de la zona sudoeste de Nabad, por cincuenta millones de libras esterlinas.

—Entiendo las razones de su Gobierno, en tal caso —admitió Colby—. Estamos embarcados, por tanto, en una misma nave, señorita Parker.

—En efecto —sonrió ella—. Puede llamarme, por tanto, solamente Lori. ¿De acuerdo, Ben?

—De acuerdo, Lori —asintió Ben—. ¿Qué sistema utilizamos para regresar a Abulqum? ¿Su caballo o mi *jeep*?

—Creo que el *jeep* tiene demasiada sangre encima para utilizarlo. Y es de matrícula militar especial, perteneciente al palacio del Gobierno. Será más práctico volver con el caballo. Pero en cuanto le vean, van a acosarle por orden del ministro Bedik.

—Eso tiene fácil arreglo —sonrió Ben—. Déjeme unos momentos. Voy a caracterizarme.

Ella le miró, encogiéndose de hombros. Ben se puso junto a una palmera, mientras ella caminaba hacia su caballo. Con rapidez, Ben abrió su tacón y extrajo los afeites adecuados, así como un espejo metálico. Se miró en él, y hundió sus dedos fuertemente en la carne. Fue como moldear cera. El rostro se alteró, tras limpiar su color. Al terminar con él, le bastaron otras lentillas que no fuesen negras, y un tinte rápido para el cabello, que volvió a éste de otro tono.

Cuando terminó, cerró de nuevo el tacón con su pequeño equipo de caracterización, y sonrió divertido, reuniéndose con Lori Parker.

Ella, al volverse, lanzó un grito de asombro al ver su rostro. Con evidente incredulidad, exclamó atónita:

—Cielos... Esa cara suya... No se parece en nada a la anterior... Parece... parece...

—¿Una mujer? —rió Ben de buena gana. Asintió—. Sí, soy una mujer. Eso no llamará la atención. Usted pasea por Nabad con otra mujer. Algo normal, ¿verdad? Y que no puede despertar sospechas...

—Pero tiene usted el rostro de... de una artista de cine británica... Una compatriota mía... Deborah Miles, exactamente, la

estrella de «Vidas tormentosas»...

—Exacto —asintió Ben, satisfecho—. Me gusta que la convenza. Mi rostro es ahora el de una famosa actriz inglesa que reside en la actualidad en el hotel Nabad Hilton, de Abulqum. Estaba enterado de ello, por una cuestión de posible emergencia. Nada más fácil que transformarme en ella. Está rodando un film aquí, de ambiente árabe. Nadie sospechará nada, ni se sorprenderá de verme con ropas árabes, ¿no es cierto?

—Cielos, nunca vi una caracterización más asombrosa ni más rápida. ¿Y su voz?

—Oh, no es problema, querida —dijo con la voz exacta de Deborah Miles, tal como sonaba en el cine, dejando estupefacta a la joven al oírte hablar—. Todo puede resolverse a satisfacción, ¿no le parece?

—Dios mío... La misma voz de Deborah Miles —musitó ella, asombrada—. Ben, permítame decirle que es usted increíble. Un genio de la caracterización.

—Oh, aún no ha visto nada —objetó modestamente Colby—. Le prometo que verá cosas mejores todavía. Una de ellas, por cierto, no tardando mucho. Esta noche voy a utilizar otra caracterización muy distinta. Y ésa debe ser *muy* convincente. O me jugaré la vida.

—Increíble, Ben. Parece usted el hombre del millón de rostros... —suspiró Lori Parker, sin salir aún de su asombro, subiendo al caballo con ayuda de su nueva y sorprendente «compañera» de excursión.

* * *

Yvonne Mossad era la esposa del Emir Sheik Al-Fadir.

Mujer de raza mezclada, con sangre árabe de su madre y francesa de su padre, tenía la tez bronceína y el cabello negro materno, y los ojos claros y las facciones suaves del padre. Su mezcla era, precisamente, la que la hacía odiada por ciertas sectas religiosas del país y por una parte de sus súbditos. Su rara belleza no parecía influir en una mayor simpatía por parte de sus enemigos políticos.

Todos sabían que su situación en estos momentos, ausente y grave su esposo, era muy delicada. En cualquier momento, el

Místico Hamulláh podía derrocarla y asesinarla, erigiéndose en líder absoluto del país, con la ayuda del intrigante Muley Bedik, fiel también al Islam y a la Secta Mosseq, los fanáticos deseosos de reintegrar a Nabad en un pasado feudalista y retrógrado que terminara para siempre con su occidentalismo.

Esa noche, Yvonne Mossad parecía preocupada por muchas cosas. Paseaba por sus estancias con andares inquietos, envuelta en las gasas y tules de su vaporosa indumentaria moruna. Por las ventanas ojivales del Palacio de Abulqum entraba la luna, plateada y suave, recortando palmeras del jardín contra el azul de la noche.

Abajo, el Primer Ministro ofrecía una recepción a los diplomáticos británicos y norteamericanos, fingiendo un pesar oficial extremado, a causa del secuestro de Morgan Silverstein en el vuelo Londres-Abulqum. No engañaba a nadie, pero la diplomacia exigía una compostura y serenidad que los representantes anglosajones distaban mucho de sentir en esos momentos.

Yvonne Mossad tenía que hacer también acto de presencia en esa recepción, pero daba la impresión de no sentirse demasiado tranquila con ello. Una sombra de preocupación nublaba su semblante.

Su guardia personal protegía los accesos a sus dependencias, lo cual debería haber servido para mantenerle en calma, si era preocupación por su seguridad lo que la mantenía de ese modo. Pero evidentemente, nada podía tranquilizarla esta noche.

—Señora —habló el oficial de servicio, tras golpear suavemente la puerta—. El primer ministro desea verla ahora mismo.

—¿Ahora? —se sorprendió ella, abriendo mucho sus ojos verde claros—. Creí que estaría abajo hasta mi llegada... Está bien, que pase.

El oficial se retiró. Momentos después, Muley Bedik, con su rostro oscuro y astuto reflejando su habitual expresión ladina, entraba, inclinándose ceremonioso ante ella.

—Mi señora... —habló brevemente—. Los caballeros diplomáticos os esperan impacientes...

El oficial de guardia desapareció, tras introducirle a presencia de la esposa del Emir, y el primer ministro cambió radicalmente su tono, para añadir, aproximándose a la dama:

—Mi señora, estoy aquí para protegeros. Hay noticias

alarmantes de los Servicios de Inteligencia extranjeros en Nabad. Ésta es la noche elegida por el Místico Hamulláh para derrocaros, asesinaros y ocupar el trono del Emirato de Nabad. El golpe, según todos los indicios, será en la madrugada. Entre las tres y las cuatro.

Yvonne pestañeó, mirando con infinito asombro a su ministro.

—¿Cómo lo sabéis con tal precisión, Bedik? —preguntó—. ¿Y precisamente vos venís a avisarme?

—Señora, me alegra que me confundáis con el verdadero Bedik. Eso demuestra lo aceptable de mi disfraz. Soy un agente de los Estados Unidos. He visto a vuestro esposo recientemente. Sigue grave. Muy grave. De modo que sólo vos podéis seguir con el timón de este país, si queréis evitar una ruina total y un sangriento período de represalias en todo Nabad.

—De modo que no sois Bedik... Pues vuestro parecido es extraordinario.

—Lo sé, señora. Ahora ya estáis informada. Formad vuestra guardia de confianza y estableced las medidas de seguridad adecuadas. Ordenad la movilización inmediata. Sé que hay muchos oficiales y jefes del Ejército leales a vuestro esposo, aunque otros estén contra él, y a favor del Místico. Preparadlo todo para abortar esa rebelión de hoy, y habréis salvado al país, creedme. Salvándoos vos misma a la vez.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. ¿Quién sois, exactamente?

—Mi nombre es Ben Colby, y trabajo para el FBI americano, señora. Ahora debo retirarme y cambiar mi caracterización. Si vieran en palacio a *dos* Muley Bedik, podría irse todo al garete. ¿Deseáis algo de mí, señora?

—Sí, por favor —pidió ella—. Bajad al jardín y esperadme bajo estas mismas ventanas. Donde se alzan las dos palmeras, no hay error posible. Me reuniré con vos antes de ir a la recepción, para que me ayudéis en las medidas a tomar.

—De acuerdo, señora. Allí estaré.

Se inclinó de nuevo, abandonando las estancias. Yvonne Mossad se mordió el carnoso labio inferior, pensativa y profundamente preocupada.

Abajo, la música árabe, melodiosa y embriagadora, daba a la cálida noche, vísperas del previsto golpe fatídico contra el Emir y su esposa, un clima dulzón y apacible, muy distinto al que realmente

latía tan pacíficas apariencias.

Ben Colby miró en torno, precavido.

La noche era calurosa y seca, la música sonaba dulcemente dentro de la casa, y las dos palmeras, altas y curvadas, eran imposibles de confundir. Se detuvo debajo de ellas. Miró a las ventanas de las estancias de Yvonne Mossad, la esposa del Emir. Había luz en ellas. Una luz tenue, azulada como la misma noche oriental.

Consultó su reloj. Eran ya las doce menos diez minutos. Demasiado tarde. El golpe en Nabad estaba previsto para la madrugada, según los informes recibidos por los organismos de Inteligencia de Estados Unidos y Gran Bretaña. Y provenían de un agente infiltrado entre los insurrectos del Místico Hamulláh, de modo que no había error posible. Los arbustos crujían cerca de él. Se volvió con rapidez, preguntando:

—¿Sois vos, señora?

Los arbustos se abrieron de golpe. No fue Yvonne Mossad la que apareció, sino varios hombres vestidos de oscuro, con turbante rojo, y armas automáticas que se apoyaron en su pecho.

Eran miembros de la Guardia del Estado, dependiente del Emir..., pero también del primer ministro Bedik, en ausencia del joven gobernante. Un oficial de rostro afilado y barbita negra, recortada, le conminó fríamente en inglés correcto:

—Señor, lamentaría que intentara algo o se resistiera contra nosotros. Tenemos órdenes de matarle, si nos obliga a ello.

—Muy elocuente —sonrió Ben Colby, alzando los brazos—. Me entrego, oficial.

—¿Va armado?

—Claro. Puede sacar mis dos pistolas automáticas. Una en cada axila.

—Así está bien. Colabora usted —sonrió con dureza el oficial.

—No tengo otro remedio. Usted las encontraría, de todos modos.

—En eso tiene razón —los ojos estrechos del oficial se clavaron en él, astutos—. Por favor, ¿tiene documentación encima? No falsa, sino auténtica. Su real identidad, señor, no ninguna otra ficticia.

—Vaya, está muy bien informado de mí, a lo que veo —miró arriba, a las ventanas iluminadas—. ¿Seguro que la señora Mossad está bien?

—No se preocupe por ella —cortó el oficial secamente—. Preocúpese por sí mismo. Le hará falta en breve. A ver, esos documentos, por favor. No me obligue a buscarlos.

—Aquí los tiene —le tendió su documentación, sintiendo contra el cuerpo los cañones de varias armas automáticas.

—Benjamín Colby. Profesor universitario norteamericano —leyó con frialdad el militar. Le estudió, inquisitivo—. Sígame. Está arrestado.

—¿De qué me acusa?

—Intromisión en el palacio presidencial, con armas de fuego. Posible conspiración imperialista contra el Emirato. Está en apuros, ¿entiende?

—Empiezo a darme cuenta de ello. Pero soy un profesor, no un espía.

—Eso ya lo veremos, señor Colby. Su presencia aquí no está nada clara.

Echó a andar, rodeado por los soldados. Se le introdujo en el edificio, pasando a los sótanos, donde se abrían numerosos corredores con calabozos. Fue conducido a uno de ellos. Se le hizo entrar de un empellón. Como esperaba, no iba a estar solo.

—Vaya, ¿me traen compañía? —preguntó una voz ronca desde la penumbra.

—Eso creo, señor Silverstein —rió sordamente Ben—. Al menos, ninguno estaremos solos.

—¿Me conoce? —se sorprendió el hombre alto, rubio canoso y rubicundo, saliendo de la zona oscura, mientras las recias pisadas de los soldados del Emir se alejaban por el lóbrego corredor subterráneo.

—Claro —suspiró Ben—. Cometí el imperdonable crimen de secuestrarle a bordo del avión Londres-Abulqum, ¿no recuerda?

—¿Usted? —boqueó Silverstein, asombrado, acercándose a él—. ¡Pero si aquel hombre fue un terrorista árabe y usted es tan americano como yo mismo!

—Tengo cierta facilidad para caracterizarme —sonrió Ben—. Fingí aquel papel porque tenía que introducirme en este país de alguna forma. Yo era el falso Alí Yusef.

—¡Usted...! —Ahora repitió la palabra con una entonación muy distinta, casi indignada—. Pues lo logró perfectamente. Está muy

bien introducido. Hasta el fondo. Y yo también. ¿Se puede saber cuál diablos es su juego?

—Empiezo a no entenderlo ni yo mismo —sonrió Ben—. Pero no tema. Todo va a arreglarse esta noche.

—¿Esta noche? —bramó Silverstein, furioso—. ¡Esta noche todo Nabad será de los fanáticos religiosos y asesinos del Místico Hamulláh! ¡Correrá sangre occidental por todas partes, como en una guerra santa contra los cristianos! ¡Y yo voy a ser el primero en iniciar la masacre! Me han avisado ellos mismos: dentro de una hora seré fusilado. Dirán que fue un error de unos soldados incontrolados, ya sabe lo que son esas cosas. A los gobernantes desaprensivos, siempre les resultará fácil mentir en esas cosas.

—¿Una hora ha dicho? Espero que tengamos tiempo suficiente.

—Suficiente, ¿para qué?

—Eso, usted va a verlo muy pronto. Esté tranquilo. Todavía tenemos un triunfo en la manga. Sólo hace falta que ellos no tengan más...

CAPÍTULO VIII

—Morgan Silverstein —sonó fríamente la voz—. Salga.

La patrulla armada estaba formada ante la puerta de la celda. Se abrieron los barrotes. El millonario salió con paso lento, cabizbajo y sombrío. Quedó dentro su compañero de celda, acurrucado por el camastro, en la zona oscura del recinto enrejado.

—¿Qué van a hacerme? —preguntó con voz apagada, mirando asustado a sus celadores.

—Eso ya lo verá —cortó, abrupto, el oficial de servicio—. En marcha.

Echó a andar, rodeado por los árabes uniformados, armados todos ellos con armas automáticas. Se alejaron del corredor, tras cerrar la verja. El oficial se limitó a decir al preso que quedaba encerrado:

—Lamento dejarle solo, Colby. También usted tendrá su turno para salir de ahí...

Se alejaron los pasos sonoros en el corredor sombrío. El millonario cautivo fue conducido al exterior. La luna era un enorme redondel plateado en el cielo estrellado y sin nubes. Una alta tapia blanca aparecía alumbrada por ella, en un patio alargado y tétrico. El preso observó los desconchados que había hecho en el estuco el impacto de los proyectiles.

Aqué! era, evidentemente, un lugar para fusilamientos. Y ahora le tocaba el turno a él, sin duda alguna. Se mostró alarmado, y su voz sonó angustiada:

—Esperen... ¿Qué pretenden hacer conmigo? ¿Qué significa esto?

—Señor Silverstein, póngase ahí, enseguida —le ordenó el oficial, señalando la tapia blanca—. Lamento informarle que he

recibido órdenes. No tengo nada personal contra usted. Me limito a ser un militar disciplinado.

—Es lo que se acostumbra a decirse en estos casos —sonrió amargamente el millonario—. Van a fusilarme, ¿no es cierto?

—Usted es un enemigo del pueblo de Nabad —informó el oficial gravemente—. Es la decisión adoptada por mis superiores. ¿Desea que le vende los ojos?

—No, gracias —rechazó Silverstein fríamente—. No soy tan cobarde, señor.

El oficial, algo avergonzado, se retiró. Al frente de la patrulla, convertida en pelotón de ejecución, alzó un sable y miró al hombre que, erguido y tranquilo, cruzaba sus manos ante sí, mirándoles a su vez con frialdad e indiferencia, como si la muerte inmediata no fuera con él.

—¡Apunten! —tronó la voz del oficial. Los fusiles ametralladores se pusieron horizontales, enfilados hacia él—. ¡Carguen!

Sonaron los seguros, al desmontarse. Y ahí terminó todo para el pelotón.

De las manos cruzadas del hombre que iba a ser fusilado escapó algo, un objeto esférico, que cayó ante los soldados árabes. Se quebró con un violento fogonazo, al tocar el suelo duro y seco. La llamarada cegadora deslumbró a los militares. Luego, un humo denso les envolvió. Empezaron a caer, como fulminados. El oficial fue el último. Se quedó mirando aturdido al hombre que esperaba morir fusilado, osciló, y se fue de bruces pesadamente, junto con sus subordinados.

—Bien... —rió el supuesto Silverstein, mirando a los soldados inconscientes—. Resultó el arma química de nuestros técnicos del FBI... Menos mal.

Rápidamente, fue hacia los soldados caídos y les quitó de las fundas pistoleras dos automáticas, que guardó bajo las ropas de Silverstein. Nadie, viendo su cabello rubio canoso, su rostro rubicundo y sus pupilas azules, hubiera imaginado que no era el auténtico magnate del petróleo nabadí. Sin embargo, aquél era uno de los mil y un rostros del nuevo y fantástico agente federal reclutado por Andrew Talbot en los Estados Unidos.

Luego tomó el fusil ametrallador de otro de los soldados y se adentró de nuevo en el recinto subterráneo, llegó hasta la celda

donde se hallaba el verdadero Silverstein con sus ropas, al fondo del recinto enrejado.

—Ya puede salir, señor Silverstein —invitó, usando la llave que había quitado al oficial inconsciente—. Asunto arreglado... por el momento.

—Cielos, ¿cómo puede hacer algo así? —se asombró de nuevo el millonario, contemplando a su propia imagen en aquel hombre sorprendente.

—Es una técnica personal —eludió Ben una respuesta concreta—. Vamos, rápido. Hay que salir de aquí. Pronto estará esto infestado de soldados leales al primer ministro.

Tenemos que alejarnos lo antes posible.

—¿Y después, si es que realmente podemos escapar...? —indagó Silverstein.

—Eso está aún por ver. No me gusta predecir el futuro cuando no tengo elementos suficientes para ello. Pero saldremos de aquí, no lo dude. Claro que no así. Sería bastante raro ver a dos gemelos tan iguales andando por Abulqum...

—¿Qué va a hacer ahora? No tenemos mucho tiempo que perder...

—Será cosa de dos minutos. Y resolverá muchas cosas...

Salieron al patio donde yacían los soldados y el oficial, Ben se volvió de espaldas a su compañero de fuga. Alteró sus facciones con la rapidez que le iba dando ya la práctica, mirando fijamente al oficial caído. Luego extrajo algunos objetos de su tacón del zapato. Rápidamente, un tinte, unas lentillas y unos cabellos postizos sobre su barbilla, le convirtieron en el doble exacto del oficial desvanecido. Luego se vistió su uniforme, pasando su miniequipo de transformaciones a un depósito en un ancho cinturón bajo su camisa.

—Vamos —dijo, volviéndose a Silverstein—. Ahora sí que hemos ir deprisa.

—Cielos, no podría creerlo si no lo viese. Es usted un fenómeno, Colby. Es... es como si no tuviera un rostro real, sino el de todo el mundo.

—Sí, algo parecido —sonrió el falso oficial—. Ahora, en marcha. Diré que es usted mi prisionero, si alguien nos detiene por las calles. Espero que pueda llegar a salvo en el menor plazo posible. Y ese

lugar sólo puede ser la Embajada norteamericana. Confío en que no se recuperen estos soldados demasiado pronto...

Salieron a toda prisa de la zona militar, escalando una de las tapias y hundiéndose en la espesura circundante. No lejos de allí se veían las luces del palacio presidencial del Emir.

Las calles de Abulqum aparecían silenciosas y desiertas. Un hálito de tensión y de violencia latente parecía reinar en la ciudad. Patrullas militares la recorrían de modo constante. Pudieron eludir a varias de ellas, hasta que una les detuvo en un cruce. Apenas vieron al oficial de la guardia del Estado, se cuadraron militarmente. Ben informó escuetamente que conducía a un prisionero yanqui a la residencia del primer ministro Bedik, y la explicación fue suficiente. Dejaron atrás la patrulla. Al llegar a la plaza donde se alzaba la Embajada de los Estados Unidos, frente al Nabad Hilton, se detuvieron en seco. Un fuerte cordón policial rodeaba el edificio. El pretexto para tal medida, obviamente montada para evitar entrar y no salir, eran unos manifestantes árabes que, con gritos antiamericanos, enarbolaban pancartas frente a la Embajada.

—Mala suerte —gruñó Ben—. Han contratado unos comparsas para armar el ruido suficiente para justificar el cerco militar del recinto diplomático. Así impiden entrar a determinados ciudadanos americanos que busquen protección contra los rebeldes. Esta madrugada, evidentemente, las cosas van a ponerse feas en este país. La sangre correrá en abundancia, si un milagro no lo remedia.

—¿Qué podemos hacer? —El millonario escudriñó, inquieto, las calles confluyentes en la plaza principal de la pequeña ciudad capital del emirato.

—Entrar en el hotel. Es el único reducto posible —le tomó por un brazo, como si fuera su prisionero, y caminó hacia el Nabad Hilton con decisión—. En marcha, señor Silverstein. Daremos un poco de teatro a la cosa.

Y apuntó con el fusil ametrallador a la espalda del supuesto cautivo, entrando así con él en el vestíbulo del hotel más importante de la ciudad. Había escasos turistas dispersos en el amplio *hall*. Todos se dispersaron con rapidez al ver la intromisión del nabadí y su cautivo, arma en ristre. El conserje se sobresaltó.

—Dios mío, ¿qué ocurre? —preguntó, alterado—. ¿Por qué entra

aquí con un preso, oficial? Eso perjudica a la honorabilidad de este establecimiento y... ¡Dios, si es el propio señor Silverstein!

—Veo que le conoce —asintió Ben, con voz áspera—. Necesito una *suite* para encerrarle. Quería entrar en la Embajada americana. Está prohibido por el Gobierno desde esta misma noche. Es zona protegida por las tropas para evitar conflictos diplomáticos.

—Pero esto es irregular. El hotel.’

.. Oficial, por favor, yo...

—Usted va a hacer lo que digo —le enfiló el arma, resueltamente—. ¿Qué decide?

—Está bien —murmuró el conserje, asustado—. *Suite* real. Es la de visitantes ilustres. Primera planta. Les daré las llaves.

Le entregó el llavero correspondiente. Ben rechazó al botones. Subió a la primera planta. Entraron en la *suite* real y cerró con doble vuelta la llave. Rápidamente, descolgó el teléfono y pidió hablar con Lori Parker, de la agencia de noticias World-News.

Momentos después, Lori se reunía con ellos, asombrada. Ben sonrió.

—No me felicite aún, Lori —avisó—. No podemos salir de este lío fácilmente. De un momento a otro estallará el caos. Y la Embajada es inaccesible. Supongo que también la británica...

—Y la francesa. Y la de Alemania Federal. Sólo están accesibles las de países de Este.

Pero allí no iban a admitirnos fácilmente.

—Lo sé. La noche de la sangre se nos viene encima. Hay que hacer algo.

—Sí, pero ¿qué? Será imposible salvar a la esposa del Emir. Y evitar que el Místico Hamulláh suba al poder... No podemos hacer nada nosotros solos, Ben. Los acontecimientos se precipitan irremisiblemente. Y no tenemos ayuda alguna, salvo la que puedan prestarnos los propios leales al Emir.

—Sí, pero el Emir no está aquí —señaló Silverstein con amargura—. Y el primer ministro ha hecho extender la noticia de que se encuentra muy grave, casi agonizante, pese a que las agencias de noticias hablan de su recuperación.

Ben Colby meditó en silencio, contemplando la Embajada desde el balcón. Se volvió lentamente a sus dos acompañantes. Repitió,

pensativo:

—El Emir no está aquí. Pero si estuviese... todo podría ser diferente... Muy diferente...

* * *

Antes de las tres de la mañana, el silencio y soledad de la ciudad, salvo las patrullas militares, era total. Se presentía el estallido de la tormenta en aquella calma tensa, precursora de lo peor.

Alrededor del palacio del Gobierno, el control militar se había reforzado. Pero nadie estaba seguro de cuál sería la reacción de los mandos, llegado el momento en que los altavoces transmitieran las órdenes del Místico Hamulláh. Por las calles, numerosos vehículos militares circulaban en constante patrullar.

De repente, altavoces situados por todas partes, empezaron a emitir en árabe una arenga con voz aguda y autoritaria, que pareció llenar todos los rincones de la ciudad, extendiendo por ella la semilla sangrienta de la discordia y la rebelión:

—¡Patriotas de Nabad! ¡Hijos del Islam, sometidos por el imperialismo extranjero y la corrupción del Emir Sheik Al-Fadir! ¡Alzaos todos esta noche santa para limpiar con la sangre de los traidores la faz de nuestra patria sojuzgada y envilecida! ¡Todos a las armas, por el futuro de nuestros sagrados principios! ¡Yo, vuestro líder, enviado de Alá entre vosotros; yo, el Místico Hamulláh, os invoco a la guerra santa contra los opresores de nuestro pueblo, y que a sangre y fuego sean exterminados o expulsados para siempre de este país! ¡Acatad la voz de Dios, que es ahora la mía, de vuestro Místico Hamulláh, y obedeced sus sagradas consignas! ¡Ha llegado el momento! ¡Alzaos todos en armas y acabad con el Emir vendido al extranjero y con su tiranía que nos ha entregado indefensos en manos del enemigo del Islam! ¡Atacad, incendiad, destruid, matad!...

En muchos puntos del centro urbano comenzaron a escucharse gritos y clamores. Disparos aislados salpicaron la noche. El resplandor de un incendio, nació poco más tarde en uno de los suburbios de la capital.

El caos había comenzado. Y con él, la matanza, la lucha final por

el poder en el emirato que podía decantar el equilibrio mundial contra Occidente.

—Estamos perdidos, Colby —dijo con voz tensa Lori Parker—. Ése es el fin. No hemos conseguido nada.

—Un momento —dijo roncamente Ben—. Todavía queda una posibilidad. No cambiaré mi aspecto. Voy a volver al palacio presidencial donde se halla Yvonne Mossad, la esposa del Emir.

—¿Ahora? —se alarmó ella—. ¡Es una locura! ¡Las fuerzas leales al Místico ya habrán ocupado el palacio, ayudados por el primer ministro y su Guardia del Estado!

—Es posible —los ojos de Ben centellearon bajo las falsas pupilas negras de sus lentillas—. Pero hay que jugar la última carta. Y es preciso arriesgar mucho. He visto abajo, en el vestíbulo del hotel, venta de *cassettes* en la conserjería. Casi todas son *cassettes-souvenir* de Nabad. Ve a lo que quiero, Lori. Baje rápidamente y...

Dio breves instrucciones, que ella escuchó con ojos muy abiertos. Luego, salió rápidamente de la estancia, mientras Ben Colby se preparaba para su última y decisiva incursión de aquella noche que prometía ser trágica para Nabad, para los extranjeros en ella alojados y, sobre todo, para los leales al joven Emir internado en los Estados Unidos en una UCI.

* * *

Frente al palacio presidencial, la muchedumbre vitoreaba al Místico Hamulláh y a las fuerzas del Islam, mientras algunos piquetes de guardia nacional no demasiado convencidos ni pletóricos de moral, intentaban tímidamente impedir el asalto final al palacio, promovido por turbas incontroladas y por agentes hábilmente infiltrados por los rebeldes entre la población civil de Nabad.

Ardían antorchas en sus manos, sonaban disparos de vez en cuando, y las puertas de palacio no podrían lardar ya mucho en ceder a los embates de los más envalentonados. El gran balcón central, el de las arengas oficiales, aparecía cerrado y silencioso, totalmente desierto. Muchos oficiales de la guardia del Emir estaban pasándose a los partidarios del Místico, y solamente unos pocos resistían, fieles a su jefe, protegiendo con creciente debilidad el

palacio que no tardaría en ser víctima de las hordas enfebrecidas por las consignas de su fanático líder.

El primer ministro, Muley Bedik, sonriente, contemplaba la escena desde una ventana discreta del vecino edificio destinado a la Guardia del Estado, esperando su momento sin comprometerse demasiado. Teóricamente, era como si aún estuviese junto al Emir. Pero en cuanto el derrocamiento de éste y de su esposa se consumara, el primer ministro aparecería en público, chamando su lealtad al Místico Hamulláh, lo cual daría por terminada definitivamente la rebelión, con la victoria del religioso líder de la secta Mosseq.

Las proclamas y consignas continuaban siendo emitidas por coches con altavoces, por calles y plazas de Abulqum, encendiendo los ánimos de los rebeldes y provocando a jos indecisos una toma de postura radicalmente insurgente.

De repente, el gran balcón de palacio se abrió. Un reflector surgido de un coche con altavoces parado en una oscura esquina de la plaza real, proyectó su chorro de luz sobre el balcón.

La figura joven, majestuosa e inconfundible del Emir Sheik Al-Fadir, apareció en el balcón, envuelta en una larga chilaba blanca, con los distintivos de su país. Un repentino silencio impresionado se hizo en el exterior.

Ojos asombrados se clavaron en el Emir, sin dar crédito a lo que veían.

—¡Es el Emir! ¡Es él!

—¡Es nuestro Emir! ¡Ha vuelto! ¡Mirad, está sano! ¡No ha muerto ni está grave! ¡Ha vuelto a su patria para defenderla!

La voz de Sheik Al-Fadir se elevó, potente, reproducida por los altavoces del coche aislado, en tanto el aparecido alzaba sus brazos en alto, como en una ofrenda a Dios, su gesto característico cuando se dirigía a su pueblo en momentos solemnes:

—¡Pueblo de Nabad! ¡Vuestro Emir está con vosotros! ¡Vuestro Emir nunca os abandona, y os invoca, en nombre de Aláh, a vivir y trabajar en paz, a abrir vuestros ojos, vuestro corazón y vuestras mentes a un mundo moderno del que formamos parte y de cuya existencia ni podemos evadirnos ni podemos apartarnos, porque eso iría contra las leyes naturales que hacen a todos los hombres, musulmanes o cristianos, árabes o de tierras anglosajonas,

hermanos en un común empeño, que es la grandeza de todos y la prosperidad de un pueblo que no desea luchas, sino sólo trabajar y vivir dignamente! ¡Un pueblo que no traiciona convicciones ni ideales por ser más práctico y más luchador, un pueblo que no puede aletargarse y morir, apartado de todo lo que es el presente de un mundo del que, queramos o no, formamos parte absolutamente todos!

Un clamor de la gente acogió esas vibrantes palabras. La voz potente y joven del Emir no parecía haber sufrido deterioro alguno con su herida en la garganta. Lívido, estupefacto, el primer ministro Bedik contemplaba a su jefe con expresión de ira y de rabia contenidas. Movía la cabeza, indeciso, aturdido, exasperado incluso.

—No puede ser... —jadeó—. ¡No puede ser! ¡Ha vuelto en secreto! ¡Y está perfectamente, incluso puede hablar! ¡Va a convencer a todos, maldito sea! ¡La gente le es fiel todavía! ¡Con el Emir en Nabad, estamos perdidos!

La voz del Emir seguía retumbando por las calles y plazas, ahora con mayor vigor que nunca, y sus oficiales y soldados todavía leales, envalentonados por aquellas palabras, cargaron contra los grupos agresivos y los soldados desleales, que iniciaron un retroceso desordenado, al que no era ajeno el desconcierto que en ellos mismos había producido la dramática e imprevisible aparición del Emir en persona, convirtiéndose en líder de su pueblo nuevamente.

Bedik desapareció de la ventana, corriendo escaleras abajo. Se enfrentó a un capitán de la guardia, pasado a las filas del Místico. Casi le gritó:

—¡Hay que silenciar al Emir! ¡Matadlo!

—Señor, ¿os habéis vuelto loco? —protestó el capitán, desorbitando sus ojos—. Si viesen caer ahora a su líder el pueblo nos lincharía a todos. No puedo ordenar eso.

—¡Yo mismo lo haré! —rugió Bedik, perdido el control de sí mismo, saliendo a la calle tras arrebatar su arma al asombrado oficial. Y se enfrentó al balcón, alzando su pistola y apretando el gatillo dos veces.

—Por dos veces se estremeció el cuerpo del joven Emir, mientras la gente clamaba, asustada primero, enfurecida después, al percibir los disparos y ver vacilar a su joven caudillo. Pero la voz de éste seguía, imperturbable, pese a que se aferraba con mano crispada la

sangre que brotaba de su hombro herido:

—¡... Y por encima de todo, os juro y os prometo que, mientras viva, vuestro Emir jamás tolerará que la perfidia, la intolerancia religiosa y el odio racial se apoderen de nuestro querido país, convirtiendo una tierra rica y próspera en un desierto dominado por oscuros poderes de fanatismo y de crueldad!

El clamor de la gente se hizo estruendoso. Rostros amenazadores se volvieron hacia el primer ministro Bedik que, mortalmente pálido, vio venir hacia él a la turba enfurecida, arengada por aquella voz imperturbable de un hombre que, por dos veces atacado criminalmente, aún tenía fuerzas para arengarles al trabajo y al bienestar. Un oficial leal al Emir disparó su metralleta rabiosamente contra Muley Bedik. El primer ministro se agitó, sacudido por la ráfaga de proyectiles, y su cuerpo acribillado rodó a pies de la multitud, que contempló indiferente al traidor.

En ese preciso instante, otro drama se desencadenó en el balcón central de palacio.

Una figura encorvada, vestida de negro, con larga túnica y turbante, apareció a espaldas del Emir. Era un anciano de cabellos blancos y lacios y barba frondosa, muy blanca. Enarbolaba una enorme gumía curvada, que alzó sobre la nuca del Emir.

Un alarido de terror y escalofrío brotó de la multitud:

—¡Es el Místico Hamulláh en persona! —clamaron—. ¡Va a matar al Emir!

Éste se volvió a tiempo. Se encaró con el grotesco personaje encorvado, cuya hoja de acero silbó hacia su garganta. Logró aferrar la mano criminal con una de las suyas, pese a que la sangre empapaba sus ropas ahora. Con la otra, hizo férrea presión en el cuello del enemigo mortal, bajo su barba canosa.

El Místico, pese a su aparente edad, tenía mucha fortaleza. El forcejeo se intensificó. Las tropas no podían disparar, por miedo a herir al Emir. Éste se vio empujado hacia la barandilla del balcón por su agresor, notando que se debilitaba a causa de las dos heridas de bala producidas por el primer ministro.

Y de repente, el Místico cargó con fuerza exasperada, logrando soltarse de una mano del Emir, para lanzarse encima con la gumía en alto.

Un último esfuerzo del líder político de Nabad salvó su vida. Se

apartó justo a tiempo. La gumiá hirió el vacío. Y llevado de su impulso, el Místico Hamulláh cayó contra la barandilla, dio una voltereta sobre ésta, y se fue a la calle.

El cuerpo vestido de amplias ropas negras golpeó contra el asfalto brutalmente, de espaldas y con el cuello encorvado. Sonó un impacto y un agrio chasquido.

La gente, sobrecogida, observó la repentina inmovilidad del Místico. Le rodearon, en silencio. El Emir miraba desde el balcón, apoyándose en éste, cada vez más ensangrentado.

Abrióse paso entre la gente Lori Parker, también muy pálida, saliendo a la carrera del ahora silencioso coche de los altavoces. Oyó decir a algunos:

—Está muerto. El Místico Hamulláh está muerto...

—Sí —añadió otro—. Se ha roto la nuca.

Lori llegó junto al cadáver y comprobó eso. Pero al mover el cuerpo, sucedió algo sorprendente e imprevisible para ella. En sus manos no quedó solamente el turbante negro y alto del personaje, sino también una peluca blanca y lacia. Asombrada, contempló el rostro de suave piel, que no encajaba con aquella caracterización de anciano. Tiró de las frondosas barbas blancas, y éstas salieron junto con material plástico arrugado, que transformaba las facciones del Místico, dándoles aquel aspecto.

—Cielos... —Murmuró la joven periodista al servicio de la Inteligencia británica, alzando instintivamente sus ojos hacia el balcón donde asomaba, herido, el supuesto Emir de Nabad—. Era...

El Emir asintió. La ronca voz que brotó de sus labios no era la del Emir, sino la de Ben Colby, el hombre del millón de rostros:

—Lo sabía —afirmó—. *Era ella, Yvonne Mossad, la esposa del Emir...* Lo sospeché cuando me envió a su guardia al jardín, en vez de ir ella, como era lo convenido... Sólo ella podía saber quién era yo y dónde estaba en ese momento...

Luego, se retiró, tambaleante, al interior del palacio, mientras la gente le aclamaba y los últimos rebeldes y traidores eran perseguidos y cazados por las tropas leales y por el propio pueblo de Nabad.

Sólo Lori Parker había podido oír la voz real del falso Emir que, con su oportuna aparición pública, había salvado miles de vidas. Y a un país entero. Y, tal vez, también a todo el equilibrio económico

e industrial de Occidente.

CAPÍTULO IX

—Pero ¿por qué precisamente ella, Ben? Tenía todo: el poder junto a su esposo, el puesto más alto en el Emirato, tras el propio Emir... ¿Qué pretendía, creando la ficticia personalidad del Místico Hamulláh?

—Algo muy sencillo: cumplir su sueño oculto de ser la única con autoridad en el país, el poder absoluto —explicó Ben Colby apaciblemente—. Y, de paso, satisfacer sus más íntimas ideas. Yvonne Mossad podía tener sangre francesa en sus venas, pero era su sangre árabe la que pesaba con mayor intensidad, y no precisamente con sentido pacifista o moderno. Ahora sabemos que, entre sus antecesores, existieron dos líderes religiosos de gran fanatismo. Ella heredó esos sentimientos, sin saberlo quizá ella misma, hasta que se desarrolló en su interior ese odio a Occidente y al progreso, para hacerse defensora ardiente de una fe intolerable y fanática. Entonces pensó en traicionar a su joven esposo, creando un nuevo movimiento político-religioso capaz de poner el Emirato en sus manos, y hacer de él lo que ella soñaba en su interior: un reducto feudalista, donde el Islam más antiguo y virulento pudiese ser norma y meta de todo un pueblo. Así creó al inexistente «Místico», cuyo papel asumió ella misma, y así logró montar una revuelta inteligente y despiadada, que tenía que comenzar con la muerte de su propio esposo. Por ello se las ingenió para no ir con él a los Estados Unidos, y quedarse en Nabad mientras él era atacado por el guerrillero.

Alí Yusef, de quien sólo quería la ayuda suficiente para ese acto criminal y la ruptura de Morgan Silverstein, otro objeto de su odio. Luego, su idea era ordenar la ejecución del terrorista, junto con sus compañeros de la «Media Luna Negra», como hizo realmente, con la

única excepción del propio Yusef, cautivo en los Estados Unidos.

—Entiendo —asintió Lori Parker, pensativa—. Era una mujer tan hermosa como cruel e implacable en sus convicciones...

—En efecto. Bajo la aparente mestiza prooccidente, educada al estilo europeo, latía en realidad un germen de violencia religiosa muy acendrado. Incluso a su propio esposo logró engañarle durante todo el tiempo...

—Y ahora ¿qué va a ser de Nabad realmente?

—Saldrá adelante y seguirá siendo un país próspero y rico. Quizá más que nunca, si ese uranio enriquecido aparece en grandes cantidades en el desierto.

—¿Y el Emir?

—Las noticias desde los Estados Unidos son optimistas al respecto. Su voz solamente podrá sonar con determinada prótesis acústica, pero ha salvado su vida. Está fuera de peligro. En su momento será informado de lo sucedido y del fin de su esposa. Creo que aceptará el hecho con la filosofía propia de su admirable raza, y volverá a Nabad, siendo un buen gobernante, prudente y sensato, que dará mucho esplendor a su país.

—De modo que, después de todo, ha sido un final feliz.

—Del todo —sonrió Ben, haciendo un gesto de dolor al moverse en el avión—. Ni siquiera mis heridas han sido tan graves como parecía. Como verás, resultó el truco de mi aparición en el balcón, unida a esa *cassette* que adquirimos, y tú reproducías desde el coche de megafonía.

Por un momento, pensé que se darían cuenta del engaño. Después de todo, era un discurso grabado por el Emir algún tiempo atrás, creo que uno o dos años antes... —Es la ventaja de los discursos de los políticos— suspiró Ben Colby con una sonrisa burlona—. Se parecen tanto unos a otros...

El reactor se aproximaba a Inglaterra. Pronto aterrizarían en el aeropuerto de Heathrow. Lori miró pensativa a Ben.

—¿Ésta va a ser nuestra despedida, Ben? —preguntó.

—De momento, sí —asintió él—. Sólo de momento. Creo que me he ganado unas buenas vacaciones. Y puede que venga a Londres a pasarlas.

—¿De veras? —se animó ella—. ¿Harás eso, Ben?

—Prometido —dijo él solemnemente—. Todo depende de que

me den esas vacaciones.

—Te las darán, estoy segura. Has hecho mucho por tu país y por todos. De no ser por ti y tu increíble capacidad de caracterización... no sé lo que hubiera ocurrido.

—Lori, si vamos a ser buenos amigos, quiero que sepas algo.

—¿Qué, Ben? —Se intrigió ella.

—Verás... Tuve una novia y la perdí por segunda vez cuando habíamos reanudado nuestras relaciones, sólo por culpa de algo que ella no sabía y que la impresionó demasiado. No quisiera que un día, nuestra amistad, si se consolida, pudiera sufrir un quebranto irremisible por no haberte sido sincero respecto a mí y eso que supones simple habilidad para caracterizarme. Yo... yo sufrí un raro accidente. Hubo una explosión química en un laboratorio, algo me alcanzó el rostro, y luego... luego ocurrió que... Oh, Lori, no es nada fácil contarlo. Me convierte en algo parecido a un monstruo de feria y...

—No lo cuentes, entonces —sonrió Lori Parker, poniendo suavemente sus dedos sobre los labios de Ben Colby—. Creo que siempre he sabido lo que era realmente.

—¿Cómo? ¿Tú? —se asombró Ben.

—Era demasiado perfecto para ser simple postizo y maquillaje, Ben. Una chica como yo tenía que sospecharlo. Pero me preguntaba si eso podía ser posible...

—Me alegra no tener que darte detalles. *Es posible.*

—Eso no me asusta demasiado. No alterará nunca nuestra amistad... ni lo que venga. Después de todo, nadie tiene tan fácilmente un millón de amigos —rió de buena gana la joven, contagiando con su sonrisa a Ben Colby.

* * *

David MacIntire contempló en silencio a su amigo.

—Ben... —suspiró—. Me alegro que, cuando menos, ese desdichado accidente haya servido para que inicies una nueva vida. Me han hablado de ti en el FBI. Eso es magnífico y me hace sentir menos culpable que hasta ahora...

—¿Por qué ibas a ser tú culpable de nada? —sonrió Ben—. Después de todo, estabas en tu despacho, a salvo de todo riesgo,

cuando un compuesto químico se inflamó y mató a aquella chica, Anne Farrow, dejando ciego a tu colaborador, Heller...

—Por Dios, Ben, no hablemos más de ello —se quejó amargamente el químico con una expresión sombría en su rostro—. Fue todo tan terrible...

Sí, tuvo que serlo mucho para ti, David —asintió Ben Colby. Le miraba fijamente—. Lo que me sorprende es que no sufrieras más... al menos en apariencia.

—¿Qué quieres decir? —Pestañeó MacIntire, sorprendido.

—Oh, fue simple casualidad, David. Pero en un trabajo rutinario sobre datos computados en el FBI, encontré tu nombre y me intrigó. Leí tu ficha federal... y por ella supe que hace algunos años habías secuestrado a una niña, cruzando con ella la divisoria de tres Estados, lo cual hacía tu delito de tipo federal. Curiosamente, el nombre de esa niña era... Anne Farrow.

—Dios mío... —Se estremeció MacIntire, mortalmente pálido—. ¿Eso descubriste, Ben?

—Ya te dije que ha sido totalmente casual, a mi regreso de Oriente Medio. Seguí leyendo... y supe los motivos de tu secuestro. Afirmabas que esa niña, Anne Farrow, era hija tuya.

—Ben, por el amor de Dios... —suplicó MacIntire, repentinamente desencajado.

—Lo siento, David, pero he de llegar hasta el fin —la voz de Ben sonó seca, incluso algo dura—. La chica, oficialmente era hija de Betsy y Alan Farrow, aunque resultó que tú habías tenido relaciones con Betsy antes de ser la señora Farrow, y la abandonaste luego, sin saber que tenía un hijo en camino. Hijo que nació cuando iba a casarse con Alan Farrow, y éste aceptó como suyo. Ese hijo era Anne, una niña encantadora.

—Ben, eres cruel...

—Tú fuiste cruel, David, no yo. ¿Qué pasó realmente en la Universidad por esos días, amigo mío? ¿Qué pretendía Mark Heller con la muchacha alumna de química que era, en realidad, hija tuya?

—Mark siempre fue un cerdo. Seducía jovencitas de la Universidad. Yo lo sabía, pero no podía probarlo. Intentó lo mismo con Anne...

—Y tú cambiaste una fórmula química de un alumno por otra

tuya, altamente inflamable, que al ser manipulada con cierta brusquedad, provocaría la explosión, de la que, irremisiblemente, sería víctima tu ayudante, Mark Heller. Así te deshacías de él y evitabas que sedujese también a Anne, demasiado pegada a él últimamente, sin duda alguna. ¿No es eso cierto, David?

—¡Sí, sí! —Casi clamó el profesor de Química—. Pero ¿cómo podía yo pensar, maldita sea, que tú y Anne ibais a estar allí también ese día, justo al lado de los tubos de los alumnos? Y pensar que yo... ¡yo mismo!... maté a Anne, mi propia hija, con mi maldito compuesto químico...

—Ése fue tu peor castigo, David. Todo te salió mal. Bueno, no todo, porque Mark Heller está ahora condenado a algo casi peor que la misma muerte, como es la ceguera total de por vida. Y tú, estás condenado a recordar mientras vivas la efigie de Anne Farrow, destrozada por el explosivo que tú mismo preparaste.

—Ben, te lo suplico... Llévame contigo ahora. Lo confesaré todo. Que me lleven a la cámara de gas por mi crimen... Así descansaré de una vez y mi conciencia no hará de mis noches un tormento constante, interminable...

—Lo siento, David, pero eso no creo que suceda. Hallarán atenuantes suficientes para condenarte, como máximo, a veinte años de prisión.

—¡Oh, no, qué horror! —Se estremeció MacIntire—. Eso no, Ben... No podría soportar... Veinte años en una celda, recordando a Anne...

Te he dicho lo que hay, David. Creo saber algo sobre leyes. Lo suficiente para asegurarte que nadie va a ordenar tu ejecución por ese crimen. No dejarás de sufrir tan fácilmente. Y ése, tal vez, sea tu mejor castigo, a fin de cuentas. Pudiste obrar de otro modo. No ser tan retorcido, tan malévolos, para mantenerte impune.

—Ben, amigo mío, ¿qué puedo hacer?

—Nada, David. He venido a anunciarte que avisé a la policía local de San Francisco. Éste ya es un asunto estatal, no federal. Nada puedo hacer contra ti. Dentro de poco, un oficial de policía vendrá a por ti. Adiós, David. Fuimos buenos amigos siempre. Pero no creo que volvamos a vernos nunca más.

—No, seguro que no. —MacIntire le tendió una mano temblorosa—. Os causé mucho daño a todos, Ben. No querrás

despedirte de mí estrechando por última vez mi mano, ¿verdad?

—No te guardo rencor por mí, David. Me he hecho a la idea de tener un rostro de arcilla —sonrió tristemente Ben Colby estrechando la mano que le tendían—. Lo que menos puedo perdonarte, es lo de Anne Farrow, aquella criatura llena de vida y de alegría... Pero yo no soy juez ni jurado, David. Adiós... amigo.

—Adiós, Ben —musitó MacIntire roncamente—. Gracias por todo.

Salió Colby de la vivienda de su amigo. Un coche policial asomaba ya al fondo de la calle en pendiente, haciendo sonar su sirena. No tardaría ni un minuto en estar allí.

Dentro de la casa, de repente, sonó una detonación. Ben se paró en seco. Ya no se oía nada. El silencio era completo.

Meneó la cabeza de un lado a otro, con gesto de infinita tristeza.

—Pobre David —murmuró—. Ya ha descansado. Ahora, que Dios le juzgue...

Y se alejó lentamente, acera abajo, hasta detenerse ante una agencia de viajes, en la que entró con expresión todavía pensativa, ojos sombríos y labios apretados.

—Buenos días, señor —saludó una rubia muchacha tras el mostrador, poniéndose en pie—. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero un billete de avión para esta misma tarde —pidió Ben lentamente—. Con destino a Londres, señorita...

—¿Londres? Sí, espere un momento. Hay un vuelo a las diecisiete treinta, hora local, con plazas disponibles...

—Ese mismo irá bien, gracias.

Pagó, recogiendo su billete aéreo. Cuando salió de la agencia de viajes, el coche policial aparecía detenido frente a la casa del profesor MacIntire, su amigo y colega de la Universidad.

Ben Colby miró tristemente en esa dirección. Luego suspiró, guardando su billete a Londres, y llamó a un taxi, dándole la dirección de su domicilio.

Tendría que darse prisa en preparar su equipaje y partir hacia el aeropuerto, para tomar aquel vuelo a Londres.

No quería perderse ni un solo día de su semana de vacaciones bien ganadas. Luego, otros asuntos del FBI reclamarían sus muy especiales servicios.

Después de todo, ni siquiera el FBI podía contar con otro hombre

de un millón de rostros para determinadas misiones.

Pero todo eso iba a esperar unos días. Ahora, Londres era lo que contaba para Ben Colby. Londres y una bella muchacha llamada Lori Parker...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.